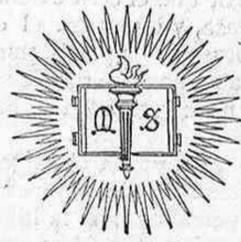


La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXIII

BARCELONA 29 DE FEBRERO DE 1904

NÚM. 1.157



Bendición del ejército ruso al salir para la guerra del Extremo Oriente. (Reproducción autorizada)



Texto.— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *Museos de Europa. Palacio de la Biblioteca y Museos nacionales de Madrid*, por R. Balsa de la Vega. — *La casa*, por Enrique Crosa. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Gentes y cosas de México*, por Amado Nervo. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *La novela de un viudo*, original de Salvador Farina, con ilustraciones de B. Gili y Roig (continuación). — *Algunas innovaciones notables en las construcciones navales*. — *Aguas magnéticas*. — *La velocidad de las locomotoras*. — *El comercio de leche en Nueva York*. — *Las minas en una guerra naval*. — *Libros recibidos*.

Grabados.— *Bendición del ejército ruso al salir para la guerra del Extremo Oriente*. — *Palacio de la Biblioteca y Museos nacionales de Madrid*. — *Lámpara de la mezquita de la Alhambra*. — *Se olvidaban de la sopa, que se enfriaba en los platos*, dibujo de Vázquez para el artículo *La Casa*. — *El almirante ruso Skryaloff*. — *Puente de piedra en el Ferrocarril manchuriano*. — *El vicealmirante japonés Togo*. — *Destacamento de cazadores exploradores rusos practicando un reconocimiento nocturno*. — *Dos vistas del fuerte de Puerto Arthur, tomadas desde tierra y desde la isla Cola de Tigre*. — *Carga de infantería japonesa después de un fuego aislado*. — *México. Guanajuato (cinco vistas)*. — *Sevillana*, acuarela de Camilo Innocenti. — *Medalla de la Asociación de viajeros*, proyecto de D. Renart. — *Lámpara sepulcral*, modelada por Juan Carreras. — *Batería naval esférica (dos grabados)*. — *El buque de guerra inglés Nueva Zelanda, una vez terminado*. — *El nuevo crucero inglés Amatista, movido por turbinas*. — *Paisaje*, cuadro de José María Marqués. — *Explosión de una serie de minas*.

CRÓNICA DE TEATROS

Entre la gente joven del teatro, esto es, entre los actores y actrices de «la última promoción», no se echan de ver todavía quiénes han de substituir a los que ahora ocupan los primeros puestos. En rigor, por lo que a mí se me alcanza, no acierto a distinguir la actriz que ha de suceder en las tablas de nuestros escenarios a María Tubau, a María Guerrero y a Carmen Cobeña, ni veo tampoco, por ninguna parte, los herederos de Fernando Mendoza y Thuiller.

Por esta razón y por el deseo de vislumbrar la aparición de algún comediante para el porvenir, asistí con verdadero interés a la representación del drama de Lope de Vega *Fuente-Ovejuna*, refundido por los Sres. Bueno y Valle Inclán, que bajo la dirección de Díaz de Mendoza dieron en el Español los alumnos del Conservatorio. La obra inmortal del Fénix de los ingenios había sido ensayada con gran esmero: los alumnos y alumnas de la Sección de Declamación representaban los principales papeles, y los actores de la compañía, y entre ellos la Guerrero y Mendoza, hacían de comparsas. No hay que decir que los jóvenes artistas trabajaron con toda su alma, mostrando no sólo su entusiasmo por el difícil arte de la escena, sino la inteligencia y celo con que habían sido dirigidos y enseñados por su profesor.

De todos los alumnos, el más aplaudido y el que reveló mayores dotes para el teatro fué un joven de apellido Rivero, que hizo en la comedia el papel principal con un aplomo, un brio y una intención artística, que ya los quisieran para sí algunos de los primeros actores que andan dando gritos y manoteando por los escenarios de España.

Con generoso y buen acuerdo, Mendoza ha concedido un puesto, con su sueldo correspondiente, al Sr. Rivero en la compañía del Español. De ese modo se protege y fomenta el arte.

Con muy distinta fortuna se han verificado en lo que hemos dado en llamar «clásico coliseo», durante el período comprendido entre esta y mi última crónica, dos estrenos, uno el del drama de Guimerá *Agua que corre* y otro el de *El abuelo*, de Galdós.

El drama de Guimerá no gustó y sólo a duras penas se sostuvo tres ó cuatro noches en el cartel. En cambio *El abuelo* ha sido el mayor éxito de la temporada y el más grande que su insigne autor ha obtenido en el teatro.

Sabido es que el drama está sacado de la novela del mismo título, cuyo argumento era conocido de casi todo el público que asistió al estreno, en su mayor parte perteneciente al mundo intelectual. La acción de la obra se basa en las dudas que combaten el espíritu del viejo y arruinado conde de Albrit acerca de la legitimidad de su nieta. Dolly y Nell, niñas encantadoras, son hijas de la nuera del conde; pero él sabe a ciencia cierta que una de ellas es adulterina. ¿Cuál es la legítima y cuál la falsa? Albrit inter-

roga en vano a la madre de las niñas: quiere averiguar la verdad, estudiando el carácter de sus nietas, examinando sus rasgos fisionómicos y sus cualidades espirituales; pero los datos que le proporcionan sus investigaciones, lejos de aclarar sus dudas, cada vez le sumen en mayor obscuridad y confusión.

Hay que advertir que el conde tiene fanatismo por el honor de su raza, y que para él es el primero y mayor de los deberes velar por la pureza de su sangre é impedir que su nombre sea llevado por la nieta que el adulterio ha ingerido en la linajuda casa de Albrit.

Al fin el velo que envolvía el enigma se descorre: el anciano, por confesión de su nuera, sabe que Dolly es la hija del pecado y Nell la hija legítima. Mas ¡oh dolor!, Nell, la nieta verdadera, cediendo á sentimientos egoístas, se despide del anciano, en tanto que Dolly, la nieta falsa, corre á su lado, le acaricia, le consuela y le promete no abandonarle nunca. El conde de Albrit comprende entonces que sobre todos sus prejuicios y sobre todas sus preocupaciones está la ley divina del amor... «El amor—exclama el pobre anciano abrazando á Dolly—es la suprema verdad de la vida.»

Ante la grandiosidad de aquella creación, que en los dos últimos actos llega á las alturas á que solamente pueden subir las águilas del pensamiento humano, el espectador olvida los lunares que en los anteriores puede advertir una crítica minuciosa y exigente. ¿Qué importa, por ejemplo, la lentitud, más propia de la novela que del drama, con que camina la acción? ¿Qué significa ante la belleza de la obra la inverosimilitud que se advierte en la conducta de los colonos de La Pardina? Quizás también sean innecesarias las picardías de Genen, supuesto que Albrit descubre la verdad por la confesión de su nuera... Pero tales reparos, vuelvo á decirlo, serían pueriles al lado de la belleza de *El abuelo*; como son pueriles y hasta ruines los que, verbigracia, Moratín puso en sus notas al *Hamlet* de Shakespeare.

El último drama de Galdós tiene, por decirlo así, reflejos de dos dramas inmortales: el de Calderón *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* y el de Shakespeare *El rey Lear*. Pero estos reflejos no desvirtúan la originalidad de *El abuelo*, como la influencia del teatro español no amengua la originalidad de Corneille.

Las dudas y vacilaciones de Albrit para averiguar cuál de las dos niñas es su nieta legítima, recuerdan las incertidumbres—en el drama calderoniano—de Focas ignorante de quién de los dos jóvenes, Heracles ó Leónido, es su hijo, y por lo tanto, heredero de su corona. Insisto en que no digo esto como censura; al contrario, mérito grande me parece continuar, en la forma que lo hace Galdós (como lo hizo Hartzbusch en *Los amantes de Teruel* y Zorrilla en *Don Juan Tenorio*), las grandes tradiciones dramáticas de nuestro teatro. Buscar inspiración en las hermosas creaciones de nuestra literatura es cosa digna de aplauso. ¡Ojalá nacieran en ella nuevas flores, nutridas, como el drama de Galdós, por la savia del frondoso árbol de la dramática española!

También parece pasar por la obra de nuestro gran escritor la trágica sombra del infortunado Lear. Viendo á Dolly, se piensa en Cordelia; oyendo los apóstrofes de Albrit, se cree oír un eco de los desesperados lamentos del viejo monarca, y al escuchar el diálogo del conde y D. Pío, diálogo empapado de humorismo, bajo cuya risa aparente se sienten correr las lágrimas, no puede menos de recordarse el diálogo de Edgardo y el rey Lear en el erial. Esta escena, en que D. Pío, el pobre de espíritu, expone mansamente la teoría de la resignación, es de lo más hermoso que entre sus muchas bellezas contiene *El abuelo*. En los labios del humilde entre los humildes pone Galdós con arte exquisito la tesis consoladora de su drama.

De todas las obras dramáticas escritas por el autor de «Los episodios nacionales», es sin duda la mejor la que vimos representar en el teatro Español la noche del primer día de Carnaval. Sinceramente creo que *El abuelo* puede competir, sin desventaja, con lo más hermoso del teatro contemporáneo.

Gracias al distinguido escritor Emilio Fernández Vaamonde, conocido ya del público como inspirado poeta, hemos podido conocer y aplaudir una ingeniosa comedia titulada *Pascual Cordero*. Esta obra es lo que los franceses llaman un *vaudeville*. Todo el enredo está basado, como suele suceder en tales comedias, en un *quid pro quo*. El público admitió de buen grado el que da origen á las malandanzas de Cordero y no cesó de reír durante todo el tiempo que duró el espectáculo.

Es de notar también que, no obstante lo caricaturesco del personaje, no faltan en su carácter rasgos que prueban en el autor observación no superficial y que son realmente cómicos, en el verdadero sentido de la palabra. La escena, por ejemplo, en que Pascual Cordero, incapaz de toda infidelidad, acaba por confesarse infiel á su esposa, es una pincelada de verdadera *vis cómica*.

Además, en la comedia arreglada por Vaamonde nada hay que pueda sonrojar á la más pudibunda espectadora. Es graciosa sin ser atrevida.

La misma cualidad es de advertir en la comedia en dos actos de Manuel Linares Astry recientemente estrenada en Lara y cuyo título es *El abolengo*.

Ya creo haber dicho en alguna de mis crónicas que el teatro de la Corredera es entre todos los de Madrid el más favorecido por la clase media acomodada. A excepción de los lunes, día allí de moda, y por consiguiente, de público aristocrático, los espectadores pertenecen á la burguesía madrileña, gente que busca, más que hondas emociones artísticas, distracción y pasatiempo, y que se complace en ver tratadas en el escenario sus costumbres, sus sentimientos y sus ideas.

El abolengo es una obra pintiparada para ese público: tiene su poquito de lección moral, rasgos satíricos, personajes que son copia del mundo á que pertenecen los espectadores, y todo esto bien presentado, merced á una fábula interesante, es más que suficiente para llenar todas las noches la «bombonera» de Lara.

El argumento merece contarse, en comprobación de lo que acabo de decir.

Pilar es una muchacha muy mal educada, perteneciente á una familia de aristocrático abolengo, pero tronada como arpa vieja; se ha casado con un joven de origen humilde, pero muy rico y de carácter formal y enérgico. Pilar y Andrés no congenian; él quiere á su esposa, pero no transige con sus caprichos; ella, enorgullecida con la nobleza de su origen, no se aviene con los gustos de su marido. La familia de Pilar se compone de la mamá Gertrudis, llena de ridículas ideas de grandeza, del papá Jorge, buena persona, pero débil, y de una hermanita, Laura, que sólo piensa en emperejilarse y en pescar esposo.

Pilar, aguijoneada por su madre y alborotada por sus consejos, quiere en vano imponer su voluntad á Andrés. Los esposos riñen, se dicen una porción de cosas desagradables, y por último, Pilar decide separarse de su esposo y éste se dispone á conducirla á casa de los padres de ella. Y con esto termina el primer acto.

El segundo se desarrolla en la casa de los padres de Pilar. Gertrudis y Laura, puestas de veinticinco alfileres, están esperando á la marquesa de Fuenteseca, su parienta, para ir al teatro Real. En este momento se presenta Andrés, que viene á entregar á su esposa en el hogar paterno, y en él la deja confiada á los autores de sus días.

La madre y la hermana de Pilar reciben malamente á la mal aconsejada joven, y en vez de consolarla, se van tranquilamente al teatro con la marquesa de Fuenteseca. Por fortuna, los consejos de Jorge—el papá de Pilar—y las reprensiones de una hermana de Andrés hacen entrar en vereda á la fugitiva, y ya arrepentida de su ligereza, vuélvese á su casa con su maridito, reconociendo que el deber de la mujer casada es obedecer á su esposo.

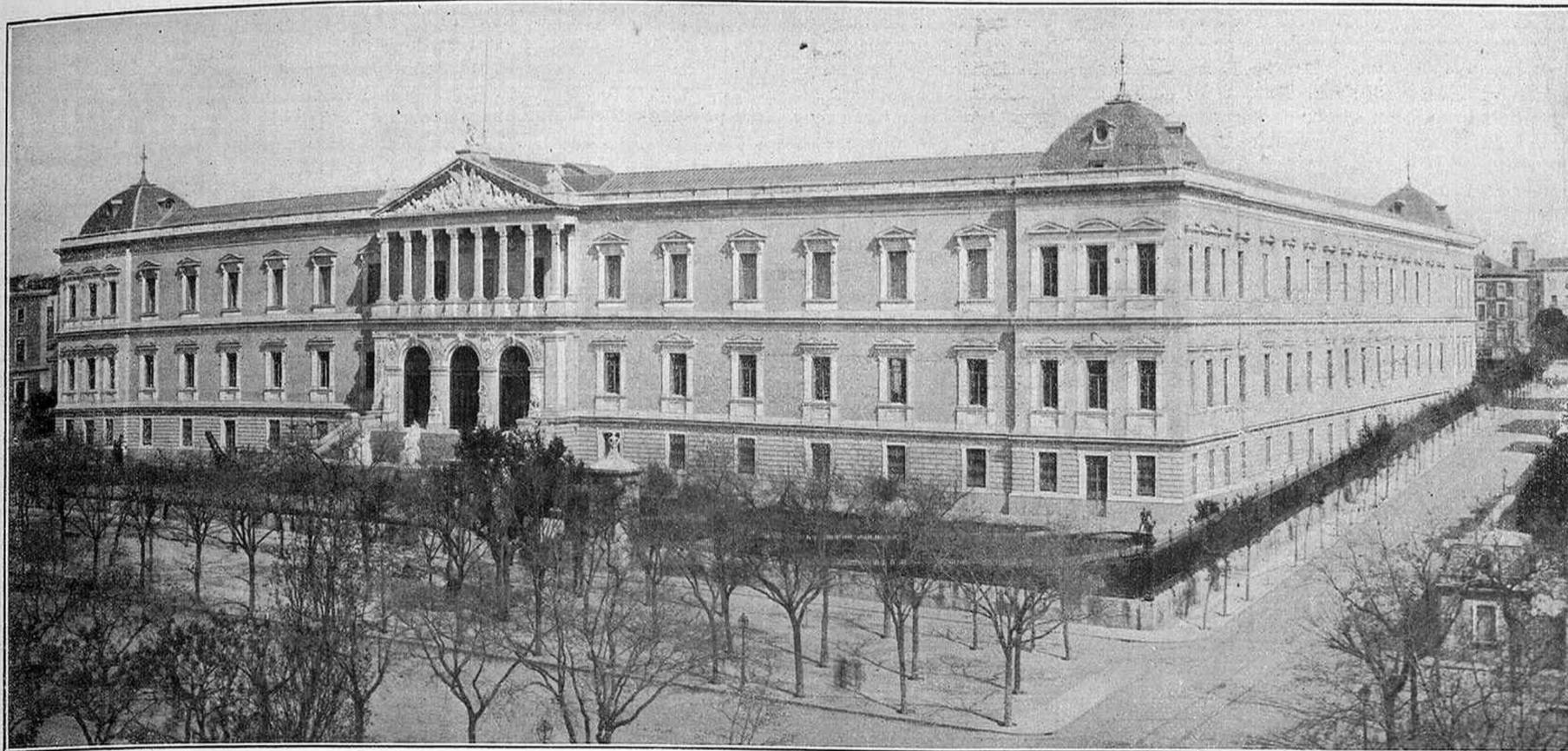
Esta comedia, ejecutada primorosamente por la compañía de Lara, encantó al respetable senado.

El teatro de la Comedia sigue teniendo el santo de espalda. Su último quebranto se lo ha ocasionado el estreno de una *cosa* titulada *Monte Esquinza*, 15. Desde la famosa representación de *El garbanzo negro*, que en los anales del teatro moderno representa el *stimmum* de los fracasos ruidosos, no se ha dado, en los teatros grandes, ejemplo de grita más ruidosa que la propinada á *Monte Esquinza*, 15. Hasta las señoras taconeaban.

Es verdaderamente inexplicable que una empresa como la de la Comedia, que tantas pruebas tiene dadas de su esmero artístico, admitiera tan disparatada obra. Es además triste que existiendo, como existen, autores que en vano llaman con sus obras á las puertas de los teatros, se les postergue para conceder los honores de la representación á desatinos como el que sirvió al público-la empresa de la Comedia.

Es de suponer que la dura lección dada por el público no caerá en saco roto.

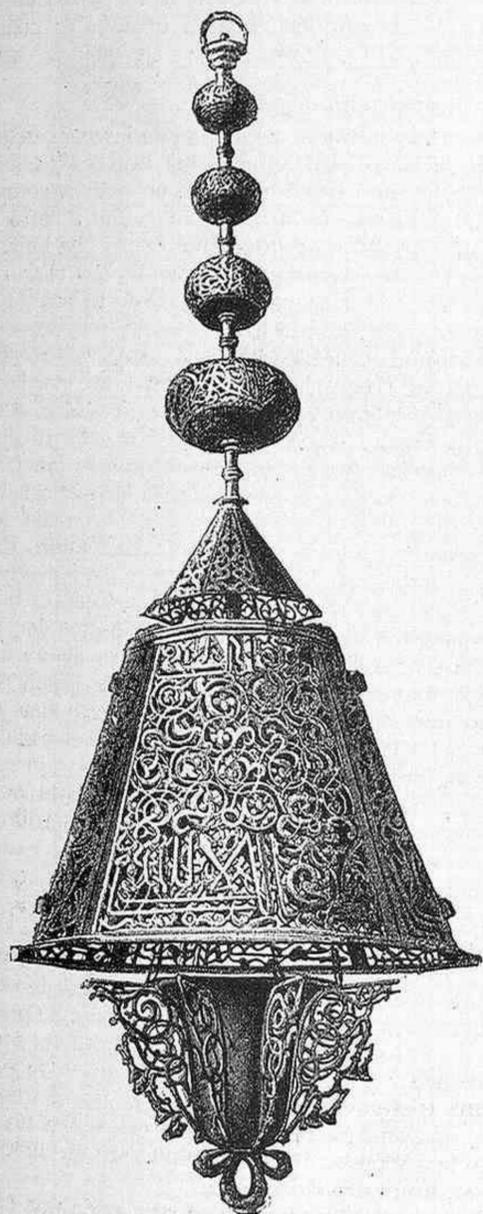
ZEDA.



Museos de Europa.—Palacio de la Biblioteca y Museos nacionales de Madrid

PALACIO DE LA BIBLIOTECA
Y MUSEOS NACIONALES DE MADRID

Cincuenta años, año más, año menos, duró la construcción y decoración de este edificio, uno de los mayores que cuenta Madrid. Pudo haber sido una



Lámpara de la mezquita de la Alhambra, procedente del Museo arqueológico nacional

do á intervenir en el reparto de las obras decorativas de estatuaria que avaloran este palacio, logrando hacer triunfar la justicia después de una batalla terrible con los elementos oficiales y muy poderosos particulares, que pretendían hacer valer su criterio. Hoy, al cabo de catorce años, confieso que siento remordimientos por mi victoria.

Dos atrios con dobles pórticos superpuestos son los únicos detalles artísticos pseudo-clásicos que rompen la monotonía de las fachadas oriental y occidental del palacio de la Biblioteca y Museos nacionales. El frontón occidental tiene un alto relieve de Querol; en la escalinata y bajo el pórtico de esta misma fachada vense varias estatuas de hombres ilustres en las letras y en las artes. En la fachada oriental, que da á la calle de Serrano (barrio de Salamanca), solamente hay cuatro estatuas, también icónicas, de hombres célebres de otros siglos. Dos esfinges guardan la entrada del edificio.

La mejor parte de este inmenso palacio lo ocupa la Biblioteca Nacional. El salón de lectura es uno de los mejores de Europa por su grandiosidad, por su confort y por su severo decorado. Cerca de un millón de volúmenes forma la Biblioteca Nacional; pero debo advertir que el libro del día en arte, en crítica, en literatura, en filosofía, en ciencias, en historia, escasea de un modo deplorable en la primera biblioteca de España; para enterarnos del movimiento intelectual modernísimo tenemos que recurrir á la del Ateneo. En este particular la docta casa de la calle del Prado no tiene pareja, por lo menos en Madrid.

En el mismo piso superior del palacio de la Biblioteca hállase el Museo de Arte Moderno. Largo tiempo discutieron críticos y organizadores de ese Museo si Goya debía figurar en él en concepto de *pintor moderno*. Prevalció el criterio de considerar como antiguo al famoso autor de los *Fusilamientos del Dos de Mayo*, y allá quedó con los Velázquez, Carreño, Greco y Murillo en el Museo del Prado. En mi juicio fué tal acuerdo un buen acuerdo. *A tout seigneur tout honneur*. Goya pesa demasiado para que pudieran contrabalancear su peso todos los artistas españoles (y europeos) de la décimonona centuria cuyas obras se exhiben en el palacio de la Biblioteca.

Realmente, y aparte las exageraciones en que solemos caer los meridionales, ya por exceso de pesimismo, bien por un optimismo deplorable, el Museo en que me ocupo cuenta obras dignas de ponerlas en parangón con la mayor parte de las del Museo del Luxemburgo, del Moderno de Roma y de otros varios de Europa, excepción hecha de los de Holanda y del Tate de Londres. Ciertamente esas obras no son muchas; á duras penas alcanzan á dos docenas, pero algo es algo; y si tenemos en cuenta la cantidad de la producción pictórica y escultórica de España en los dos primeros tercios del siglo XIX, me parecen bastantes.

Por lo pronto, el retrato tiene buena representación. Pese á cuantos reparos se le han puesto y siguen poniéndosele á las icónicas pintadas por don

Vicente López, es lo cierto que á éstas las avalora un dibujo correcto y á las veces un colorido muy justo y muy sobrio. Recuérdese el retrato de Goya. Por otra parte, el notable pintor valenciano llegaba á las veces á lo hondo. De María Cristina, la última esposa de Fernando VII, hizo algún retrato que lo es más que de las bellas facciones de la soberana. Otro retratista (el último que hasta el presente puede contar la moderna pintura española) fué D. Federico Madrazo. Me refiero á los retratos que ejecutó hasta 1870. Bien valen la pena de ser admirados.

Cuadros, pueden escogerse algunos de verdadero valor por su carácter español innegable y por la intensidad de vida que tienen. Al correr de la pluma apuntaré algunos. Ahí está la tablita de Zamacois que representa á unos caballeros del siglo XVII á la puerta de una venta, saludando con gracia irónica inimitable á unos frailes franciscanos que llegan conduciendo un burro cargado de comestibles. Valeriano Bécquer tiene, entre otros cuadros de tipos y costumbres castellanos, un baile de campesinos en una aldea, maravillosamente ejecutado, dibujado y sentido. Enrique Mérida, siquiera sea un si es no es parisienise en el toque, en la traza y en el movimiento de las figuras, nos ha legado una nota muy bella en su *Almuermo interrumpido*. De Palmaroli, de Navarrete y otros varios artistas de esa época (1865 á 1875) pueden escogerse varios lienzos, alguno muy bueno; de Vallés está en ese Museo Moderno su obra maestra, *Doña Juana la Loca*, y de Mercadé el *Entierro de San Francisco*. Por la sola cabeza de *San Lorenzo muerto*, de Vera, puede absolverse á su autor de otros deslices.

Cierto que no contamos un Delacroix, ni un Gericault, ni un Gros, ni un Millet, ni un Courbet, por no citar más que á los maestros franceses de la primera mitad del siglo XIX; pero contamos—aun cuando no lo crean así los Morise, los Alexandre, etcétera—un Rosales; y frente á Meissonier, que llenó una época en Francia, quíranlo ó no los modernos críticos, tuvimos á Fortuny; y como colorista castizo, español hasta la medula, á Domingo Marqués, ahora en el índice de la censura, ¡ay!, con razón. Y aceptando los hechos consumados y como uno de ellos las evoluciones estéticas, fuerza es que apuntemos como obras maestras de nuestro Museo Moderno el *Testamento de Isabel la Católica* y la *Muerte de Lucrecia*.

El paisaje y la marina tienen aquí también algunas notas muy acertadas. De Häes, el maestro que trajo ese género á España, del malogrado Casimiro Sanz, de Muñoz Degraín, de Fusté... Ya sé que dejen en el tintero obras y autores que merecen citarse. Plasencia, Jiménez Aranda, Benlliure (José), Garrido, Hernández (Daniel); pero este vistazo al palacio de la Biblioteca y Museos debe de ser rápido; algo así como el vistazo que da un viajero á lo más interesante de la población que visita, y algo así como una impresión del edificio y de lo que contiene; por lo tanto, huelgan el juicio crítico y el detalle.

obra de arte y resultó un edificio monótono, con detalles incongruentes y mezquindades de decoración y de estilo lamentables.

Por una de esas casualidades accidentales que tan á menudo vienen á interrumpir la marcha regular y monótona de la vida de los individuos, me vi obliga-

En la planta baja halláanse instalados los Museos de *Historia Natural y Arqueológico*. Es este último un hermoso Museo, aun cuando no pueda compararse con los de Cluny y del Louvre y muchísimo menos con el Kensington y el British Museum; pero dentro de su modestia ofrece campo grande al estudio de los aficionados a la arqueología española sobre todo. Adolece, es cierto, de grandes lapsos en la continuidad de la historia de nuestro pasado artístico e histórico. Aun en lo que se refiere a las artes y piezas de carácter histórico y artístico de los siglos XIV, XV, XVI y XVII, nótanse lagunas que dudo que puedan llenarse ya. Realmente es doloroso pensar que hoy se estudia mejor la España artística de otros días en Inglaterra, en Alemania ó en Francia, que en nuestra patria. En vano he buscado piezas de orfebrería gótica española comparables a algunas de las que he visto en el Louvre regaladas por Rothschild y en el Kensington catalogadas en parte y estudiadas en sendas monografías por Riaño y Gayangos. En vano he buscado algunos muebles típicos, como son las varias formas de vargueños, mesas y sillas de los siglos XVI y XVII. En vano he buscado piezas de vidrio de mérito de Cadalso, de Barcelona, de Toro, etcétera... Y sin embargo, nuestro Museo arqueológico contiene preciosos ejemplares de talla, de hierros repujados y forjados, de orfebrería gótica, entre éstos, una cruz procesional, fragmentos escultóricos y de otras artes de la España fenicia, de la España romana, de la España visigótica... La cerámica de tiempos anteriores al cristianismo, la cerámica indígena, tiene representación muy interesante en este Museo; la cerámica griega y la italiota lo mismo; algunas piezas de la primera son admirables. La sección egipcia es muy curiosa y bastante nutrida; la de armas de bronce, notable. En este Museo está el embrión de tres Museos: el *etnográfico*, el verdaderamente arqueológico y el de Artes e industrias.

Por exceso de objetos, dado lo pequeño del local de que se dispone, y a pesar de la clasificación bastante acertada de aquéllos, hay alguna confusión; á lo mejor se ve un bronce clásico sobre un mueble del siglo XVI; mas no puede culparse a los encargados del Museo de tal aparente incongruencia. Desgraciadamente en España todo lo hacemos así, á medias.

Y aquí termino este artículo, pues confieso que no me atrevo a llevar conmigo al lector al Museo de Ciencias Naturales. Sería un *cicerone* detestable para llamar su atención acerca de minerales, fósiles, especies, familias y divisiones de los extensos reinos animal y mineral. Entre la pirita de hierro y un pedazo de cuarzo, dudo; y entre un vertebrado y un solípedo, casi dudo también. Prefiero confesar mi ignorancia, deplorable, deplorable.

R. Balsa de la Vega.

LA CASA

A Manuel Ugarte.

—¡Veinte centésimos!.. ¡Veinte!, gritaba el rematador encaramado en una mesa. ¡Veinte centésimos el metro!

Pedro, el cerrajero, sentía que el corazón le palpataba con fuerza, estaba realmente emocionado. Pero de pronto se resolvió y levantando la cabeza dijo tímidamente:

—¡Veinticinco!..

—¡Veinticinco!.. ¡Veinticinco!.., repitió el rematador.

Y casi en seguida bajó el martillo de madera, dándose un golpe en la palma de una mano.

Llamaron á Pedro, que tuvo que atravesar por entre la multitud que presenciaba el remate, y cuando estuvo delante de un jovencito que escribía en una libreta, dijo su nombre y abonó la primera mensualidad de tres pesos. El pequeño solar era suyo desde aquel momento.

El cerrajero se marchó en seguida. Estaba un poco aturdido por las emociones experimentadas durante el remate. Y mientras caminaba aprisa por las calles llenas de sol de un hermoso día de domingo, iba pensando en la impresión que causaría en su mujer y en sus hijos la noticia de que había comprado un terreno.

Cuando llegó á su casa no encontró á nadie. Las dos miserables habitaciones del *conventillo* (1) estaban solitarias, y Pedro las miró con un poco de desprecio pensando en la futura casita que haría él cons-

truir en el solar adquirido. Después, sentándose junto á la mesa donde comía la familia, empezó á reflexionar en la forma que debía hacer ahorros para cumplir el contrato de compra.

Cuando ya de noche llegó su mujer con los tres hijos, Pedro estaba muy contento, y cogiendo al menor, un chicuelo de tres años, lo sentó en sus rodillas y lo hizo bailar y reír mucho. Claudia, la hija mayor, de diez y nueve años, dispuso la mesa y todos se sentaron á comer. Cuando se sirvió la sopa, Pedro habló por fin: no podía callar ni un segundo más su secreto.

—Tengo una gran noticia, dijo levantando en alto la cuchara.

Todos le miraron sorprendidos, hubo un instante de silencio, y en seguida Pedro contó todo lo que había pasado en el remate. Su mujer, una pobre mujer de obrero, flaca, amarilla, de pelo rojo, casi lloraba de alegría; Claudia palmoteaba y derramó un vaso de agua, y los dos pequeños, sin comprender nada, chillaban también al ver la alegría de sus padres.

Pero de pronto la madre se puso seria, y con mucha inquietud preguntó:

—Pero... ¿podremos pagar todo?..

—Sí, respondió Pedro.

Y explicó sus cálculos, sus ahorros, juntando su jornal y el de Claudia, que trabajaba en una fábrica de fósforos.

Y alegres, completamente dichosos, se olvidaban de la sopa, que se enfriaba en los platos, y con los codos sobre la mesa oían á Pedro, que hablaba y hablaba incesantemente, explicando proyectos y haciendo cuentas con ayuda de los dedos. Cuando fueron á dormir aún conversaban, y todavía en la cama cambiaron ideas, mientras los dos pequeños dormían placidamente en su camita, soñando quizá con los árboles de la plaza donde habían ido á pasear aquel día.

Y pasaron los días y los meses, y al cabo de dos años de ansias y de privaciones, el cerrajero y su familia tuvieron otra alegría: fueron todos á ver colocar la primera piedra del cimiento de las dos habitaciones que habían mandado construir en el solar comprado en el remate. Pedro y su hija Claudia pidieron licencia en los talleres donde trabajaban, y el día señalado todos se levantaron muy temprano, contentos, muy contentos. Era un día de otoño, de sol pálido y viento tempestuoso que levantaba nubes de polvo. Después de desayunarse de prisa, salieron. Pedro iba junto á su mujer, que llevaba al hijo más pequeño de la mano, y Claudia caminaba delante con su otro hermanito. El obrero estaba vestido de fiesta y su cabeza ruda, pero noble, se erguía sobre sus hombros robustos, agrandados por el trabajo constante. Era un hombre de cuarenta años, de pelo negro, bigote grueso y ojos de mirada profunda. Claudia era rubia como su madre, pero enfermiza, anémica, de piel azulada, como si el fósforo que manejaba á diario se hubiese mezclado con su sangre.

Cuando llegaron al solar, vieron á los dos albañiles que se disponían á trabajar. Pedro los saludó, conversaron un instante, porque eran amigos, y después empezaron la obra. El cerrajero, su mujer y Claudia los contemplaban en silencio, mientras los dos chicos saltaban y se revolcaban en un montón de arena. Los albañiles colocaban las piedras, las asentaban con un martillo y de cuando en cuando hablaban con Pedro explicando el trabajo. Y así pasaron algunas horas.

Al regresar al conventillo todos estaban silenciosos, caminaban en el mismo orden, y sólo los dos pequeños hablaban y preguntaban algo que nadie contestaba. Pedro era el que estaba más pensativo. Por su imaginación pasaron los dos años de esfuerzos continuos para ahorrar el dinero necesario para pagar el terreno y construir la pequeña casa. Dos años de privaciones, de sobresaltos, de ansias, de fatigas, de extraordinaria constancia en el trabajo del taller. Había tenido que dejar los vicios inocentes del cigarro y de la copita de vino en los días de fiesta, mientras jugaba con algunos amigos en la taberna próxima. Los paseos habían sido suprimidos, y hasta en la comida se ahorra, pues lo que sobraba se comía después frío ó recalentado, á veces con mal gusto. Pero los tres, él, su mujer y Claudia, no se habían quejado nunca. «Es para la casa,» decían, y se conformaban comiendo un pedazo de pan duro y bebiendo siempre agua. Claudia no se había hecho un solo vestido en los dos años. Con los pocos trapitos que tenía había ido pasando, remendándolos cuando se rompían y no fregándolos mucho cuando los lavaba y planchaba por temor de gastarlos demasiado. Y la pobre madre, aquella mujer rubia y flaca, después de limpiar la casa y cuidar á los chicos todavía encontraba tiempo y fuerzas para lavar la ropa

de una familia muy rica que vivía en la vecindad. Eran días de privaciones sin cuento, de cálculos continuos, de temores incesantes. La casa, la casa, siempre estaba la sombra de aquella casa en proyecto interponiéndose entre ellos y las más insignificantes satisfacciones de su vida miserable.

Y aquel día por fin respiraban, y pensando en todo lo que habían tenido que luchar para construirse aquel hogar propio—donde el casero no vendría á exigirles el odioso alquiler, y donde podrían hacer todo lo que quisieran, porque era de ellos, todo de ellos, únicamente de ellos,—marchaban en silencio, abatidos por el inmenso esfuerzo realizado.

Durante el almuerzo, Pedro tuvo una idea. Se levantó antes de terminar la comida y salió diciendo:

—Vuelvo en seguida.

Cuando volvió, traía una botella con vino, y vaciando en los vasos exclamó alegremente:

—Hay que festejar, ¡qué diablo!.. Bastante hemos deseado esto durante dos años...

Y todos bebieron riendo.

Pasaron aún algunos meses, al cabo de los cuales estuvo concluida la casa. Las dos piezas y la cocina se elevaban en el centro del solar, blancas, muy blancas, húmedas todavía por el agua de la argamasa. El día que el carpintero la entregó con todas sus puertas nuevecitas, Pedro fué á recibir la llave. Dos días después la familia se mudó. Fué en un día de invierno, gris y lluvioso. El frío hacía lagrimear los ojos; una tormenta terrible se preparaba. Muy aprisa fueron llevados en un carrito los pocos muebles, y el cerrajero y su familia quedaron instalados en la nueva casa. Claudia se afaná por colocar los muebles con toda coquetería, y hubo discusiones cuando se trató de clavar un clavo para colgar un cuadro. Pedro no quería, porque decía que se estropeaba la pared.

Cuando llegó la noche, la tormenta que amenazó durante el día se desencadenó con gran violencia. Pedro, en la cama, escuchaba el estrépito del viento y del agua muy inquieto. Las puertas se sacudían con rudeza, y llegó un momento en que el cerrajero no pudo estarse quieto y se levantó. Cuando encendió un fósforo, vió que el agua invadía su cuarto. Muy sobresaltado, temiendo por su querida casita, exclamó:

—¡Se ha tapado el caño!

Y mientras su mujer y Claudia se levantaban también, él se puso rápidamente los botines y salió al patio. Un minuto bastó para que se mojara completamente. Destapó el desagüe, y cuando entró de nuevo en el dormitorio, temblaba como una hoja. Se cambió de ropa, su mujer lo arropó, pero el frío no se le quitaba. Al día siguiente ardía de fiebre. Se llamó al médico, y cuando lo examinó, declaró que tenía pulmonía. Aquel organismo de obrero robusto estaba minado, tronchado como un roble por la polilla. Pasaron algunos días crueles; en la casita nueva se lloraba mucho. Hasta los pequeños estaban silenciosos en un rincón. Pedro, huido en la cama, miraba tristemente las paredes blancas y casi no hablaba. Un día vino el médico y no recetó nada más que reposo. Y pasaron veinticinco días. Pedro tosía mucho y manchaba los pañuelos de sangre, cuando escupía la saliva era roja.

Una mañana el sol penetró en la habitación por la puerta entreabierta. Era un rayito amarillo y templado que hacía bailar los átomos de polvo con rápidos movimientos. Pedro se sentía algo mejor y se incorporó en la cama. Su mujer estaba sentada á su lado, más pálida y más flaca, con el pelo rojo recogido con desaliño. Claudia había ido á la fábrica. El silencio era completo. De pronto un pajarillo se paró en el alero del tejado, sobre la puerta, y cantó alegremente. Pedro levantó los ojos. Su mujer, que lo observaba, dijo:

—Están haciendo un nido.

Pedro quedó pensativo un instante. Toda su vida de trabajos pasó ante sus ojos, toda su vida de obrero, tronchada tan despiadadamente cuando se preparaba á ser un poco feliz. Contemplaba aquella casita que era suya y que había adquirido á costa de grandes fatigas, de heroicas privaciones, y una tristeza infinita, una tristeza de muerte le empujaba un sollozo en la garganta. Después, siguiendo el curso de sus ideas, murmuró levemente:

—¡A los pájaros no les cuesta casi nada una casa!

Y pocos momentos después, mientras seguía pensando en su desgracia, murió sin violencia alguna, sin convulsiones, dulcemente, sin darse cuenta de que abandonaba la vida.

Al día siguiente, cuando sacaron el cadáver, el sol alegraba la casita nueva, que parecía más blanca y más risueña. Y Pedro se iba, se iba para siempre, para siempre...

ENRIQUE CROSA.

(1) Casa con muchas habitaciones, donde se alquilan por separado una por una.



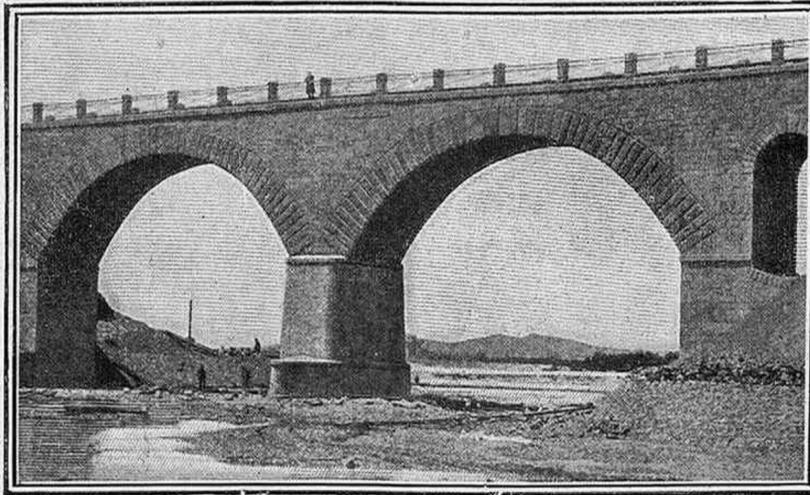
Se olvidaban de la sopa, que se enfriaba en los platos, dibujo de Carlos Vázquez. (Véase el artículo *La casa* de la pág. 156.)



El almirante ruso Skrydloff

Crónica de la Guerra

Ruso-Japonesa



Puente de piedra en el Ferrocarril mandchuriano



El vicealmirante japonés Togo

La lucha que con tanto ímpetu habían comenzado los japoneses se ha encalmado por completo. Hace muchos días que ni siquiera se reciben las noticias sensacionales de que hablábamos en nuestra crónica anterior; se conoce que las agencias y los corresponsales se han convencido de que el sistema por ellos seguido en un principio no daba todos los resultados que se esperaban, y de aquí que reduzcan ahora su información a darnos detalles de los primeros combates, únicos que en realidad se han librado en el Extremo Oriente desde que comenzó la guerra.

¿Quiere esto decir que ha disminuído la actividad de los beligerantes? En modo alguno. En efecto, los japoneses siguen sus desembarcos en Corea y van amontonando en esa península las fuerzas con que seguramente se proponen atacar a los rusos en Mandchuria. Los rusos, por su parte, han completado la movilización de sus tropas y ahora se dedican a la concentración de las mismas, lo que exigirá bastante tiempo. Las distancias que para ello han de recorrer por tierra los distintos contingentes son considerables y para los transportes por ferrocarril sólo puede utilizarse una línea de una sola vía. En estas condiciones sería muy peligrosa una concentración demasiado cerca del río Yalu, pues ello expondría a los rusos a ser atacados antes de haber reunido todas sus fuerzas y a serlo en detalle, como desgraciadamente les ha sucedido ya por mar; por esto han resuelto muy prudentemente tomar una zona de concentración bastante apartada para que pueda estar durante algunas semanas al abrigo de las incursiones del adversario. La región que a este efecto han escogido es la de Mukden, en donde el ejército ruso se encuentra próximo al ferrocarril que le lleva todas sus provisiones y a más de 200 kilómetros de los límites septentrionales de la Corea.

Un general italiano, militar competentísimo y muy estudioso, ha publicado algunas apreciaciones interesantes sobre la actual guerra. Según él, después de algunos encuentros parciales a lo largo del litoral y en las orillas del Yalu, se producirá el choque decisivo en el interior de la Mandchuria, en la línea férrea; de aquí que los japoneses tengan interés en llegar allí antes de que la ocupación rusa sea invencible,

dependiendo el éxito final de la habilidad técnica con que los dos beligerantes sepan aprovecharse de aquel ferrocarril.

Terminábamos la crónica anterior citando una frase del ministro del Japón en Wáshington sobre lo que en el fondo constituye la estrategia japonesa. Como *pendant* a la misma, creemos interesante reproducir las siguientes palabras de un importante

hombre de Estado ruso: «Rusia se mueve lentamente, pero cuando se mueve lo hace con todo su peso; y ya se verá de lo que es capaz. Irá hasta el fin, sin precipitación, pero con la seguridad que le dan la certidumbre de su derecho y la confianza en la fuerza de sus armas.» El propio personaje, hablando del curso de la guerra, ha dicho: «La verdadera campaña para Rusia será por tierra. La lucha puede ser larga, porque ambas naciones necesitarán tiempo para transportar sus tropas y ponerlas en contacto; pero las nuestras pueden ser reforzadas incesantemente, al paso que las de los japoneses, pronto fatigadas, se agotarán también muy pronto hasta sus últimas reservas.»

El punto confuso que en nuestra última crónica señalábamos en lo referente a la neutralidad de China, ha quedado perfectamente aclarado. La Mandchuria queda excluída de la neutralidad, con lo que se desvanecen todas las suspicacias que pudo haber despertado la nota de los Estados Unidos aceptada por las potencias.

Son interesantes los detalles que se van recibiendo del combate de Chemulpo; por esto, a falta de otros asuntos de verdadera actualidad nos parece oportuno reproducirlos.

Hecha la intimación por la escuadra japonesa, pusieron en movimiento el *Varyac* y el *Koreetz*: las tripulaciones y las bandas entonaron el himno ruso, terminado el cual prorrumpieron en entusiastas hurras. Los oficiales y tripulantes de los buques de guerra inglés, francés e italiano anclados en Chemulpo, desde los puentes de sus barcos saludaron a los rusos, que con tanta serenidad iban en busca de la muerte. Al mediodía, el crucero japonés *Asama* rompió el fuego contra los buques rusos, los cuales contestaron siete minutos después; al poco rato, toda la escuadra japonesa entró en combate, lanzando sus proyectiles especialmente sobre el *Varyac*. Los rusos maniobraban con rapidez para evitar el fuego, pero los efectos de éste eran terribles y causaban innumerables bajas en aquellas tripulaciones; al fin, el *Varyac* y el *Koreetz*, completamente destrozados, regresaron al puerto, en donde fueron echados a pique, siendo recogidos los sobrevivientes por los buques extranjeros.

Por más que los japoneses han procurado ocultar cuidadosamente sus pérdi-



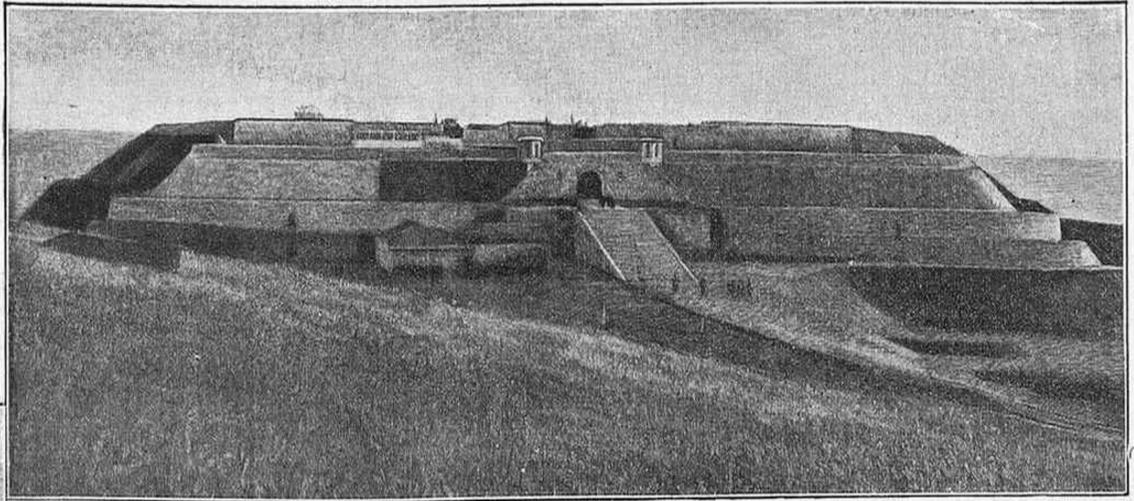
Destacamento de cazadores exploradores rusos practicando un reconocimiento nocturno

das, sábase que en aquel combate sufrieron gravísimas averías los cruceros *Asama* y *Takachiho*; este último, sobre todo, puede considerarse perdido.

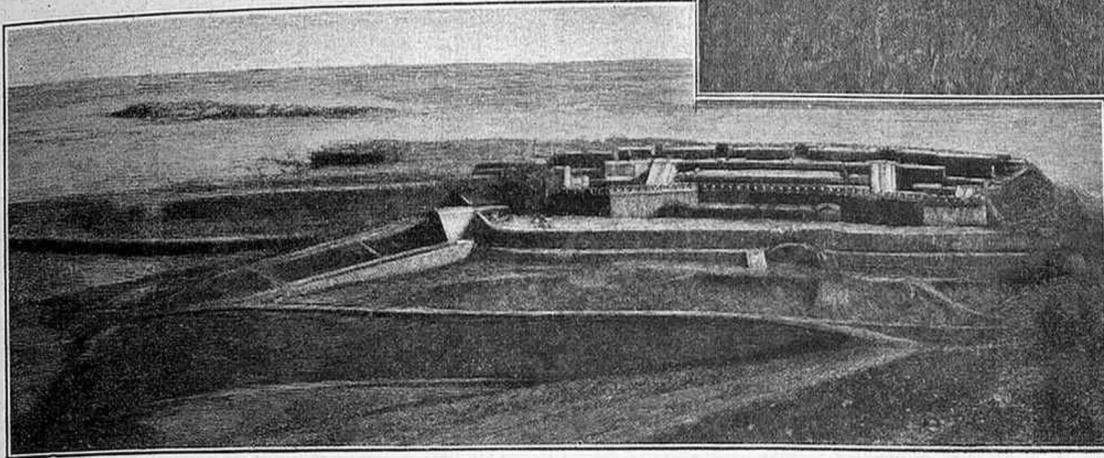
Ninguna noticia posterior ha venido á confirmar el bombardeo de Hakodaté por la escuadra rusa de Vladivostok, lo que permite suponer que tal bombardeo sólo existió en la imaginación de algunos corresponsales.

El crucero ruso *Boyarín* ha sufrido graves daños á consecuencia de la explosión de uno de los torpedos por él mismo colocados en el puerto de Dalny.

El entusiasmo que en toda Rusia se observa no se limita á manifestaciones por las calles y á ruidosas aclamaciones delante del palacio del zar, sino que se revela en obras más positivas: el Consejo municipal de San Petersburgo ha vota-



Vista del fuerte de Puerto Arthur, tomada desde tierra



Vista del fuerte de Puerto Arthur, tomada desde la isla Cola de Tigre

GENTES Y COSAS DE MÉXICO

GUANAJUATO.—INAUGURACIÓN DE OBRAS PÚBLICAS
FIESTAS SOLEMNES

La nota por excelencia ha sido la inauguración solemnísimas del teatro Juárez de Guanajuato y de otros monumentos y edificios en la misma ciudad, inauguración hecha por el presidente de la República, circunstancia que, dado el inmenso prestigio de nuestro Jefe de Estado, dió á las fiestas el carácter de solemnidad excepcional que da á toda la presencia del general Díaz, carácter que por otra parte no des-

mintieron ni el fausto de aquéllas ni la belleza é importancia de los monumentos. El solo nombre de Guanajuato evoca viejas bonanzas coloniales, opulencias

mineras sólo igualadas por Potosí. Sus minas cargaron de plata los galeones reales y hay quien dice que la tercera parte del metal blanco producido en el mundo ha salido de México y que la mitad de la plata que ha producido México ha salido de las vetas inmensas de Guanajuato.

La ciudad no está fundada: está salpicada, esta es la palabra, sobre las mil arrugas de una tierra atormentada por la fuerza misteriosa que modeló el planeta. Es una ciudad más pintoresca que Berna, que blasona tanto de serlo, por su topografía, y una de las capitales más populosas y florecientes de la República.

Ostentosa, como todos los países jóvenes y ricos, tiene edificios, monumentos y obras de ingeniería que podría envidiarle la propia capital de la República—ejemplos el teatro que acaba de inaugurarse, la presa Esperanza, la presa de San Renovato y el monumento á la Paz, igualmente inaugurado en estos días,—y ha sabido agasajar á todos los invitados de México, que esta vez eran legión, con un garbo, una suntuosidad y una prodigalidad reales.

El teatro constituye el meollo de las inauguraciones y es un edificio de veras elegante y gracioso. He aquí algunas cifras, algunos datos y algunas descripciones recientes. Este edificio se comenzó á construir en 1872, siendo gobernador del Estado el general Antillón. Interrumpidas las obras á los pocos meses y cuando ya se habían gastado más de 140.000 pesos en adquirir el terreno en que se levanta y en los cimientos, el general Manuel González, después presidente de la República, las prosiguió en

do 1.500.000 rublos para los heridos; el de Moscou, 2.000.000; el comercio de San Petersburgo, 500.000; el Santo Sínodo, 100.000. Además, la Cruz Roja recibe cuantiosos donativos en objetos, y en el propio palacio imperial, bajo la dirección de la emperatriz madre, las damas de la aristocracia rusa trabajan varias horas al día en la confección de materiales de curación que de continuo se envían al teatro de la guerra.

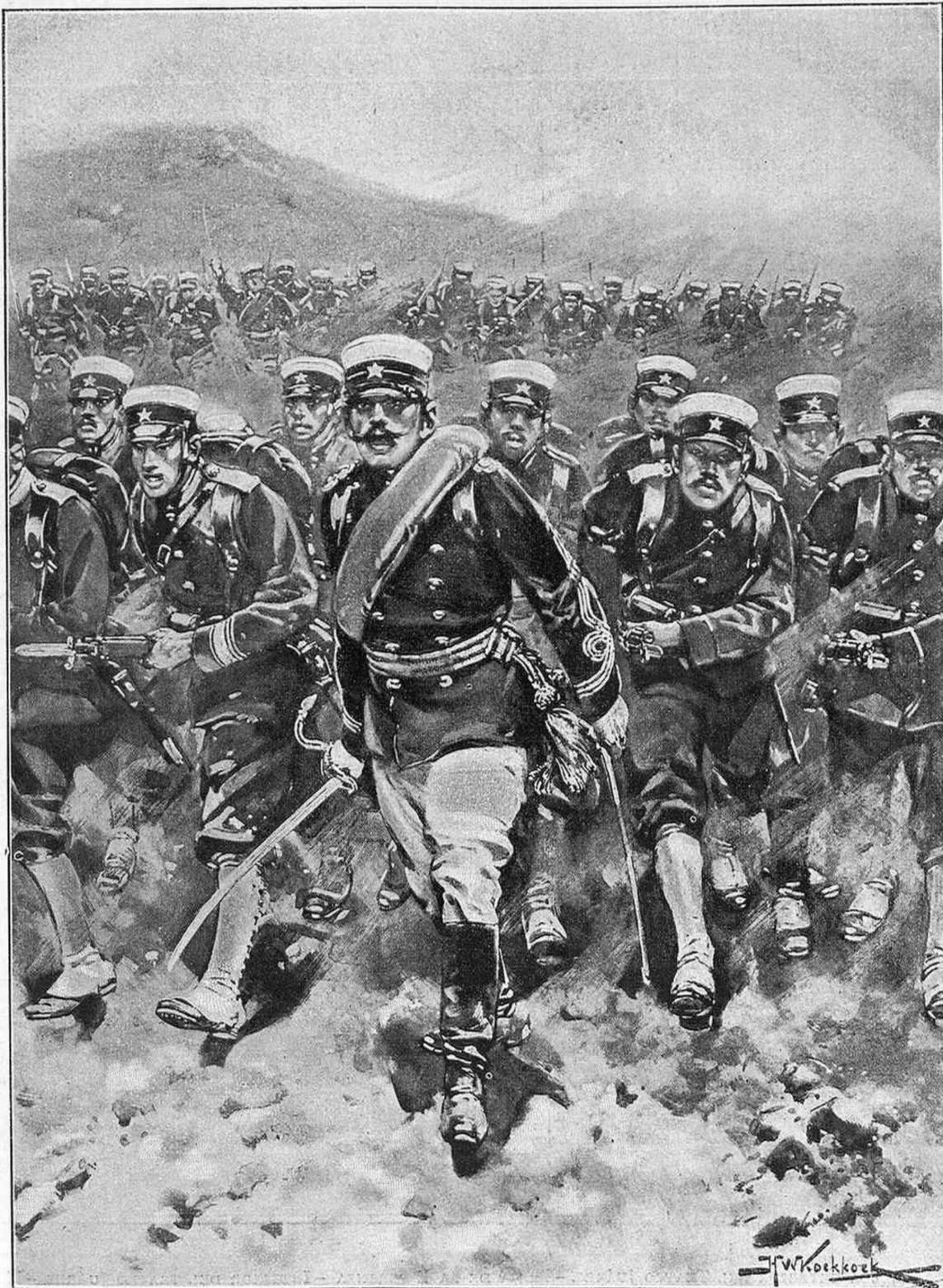
La proclama que el almirante ruso Alexief ha dirigido á las tropas de mar y tierra es un documento digno de ser reproducido. He lo aquí:

«Al valeroso ejército; á la valerosa marina. Ahora que las miradas de nuestro adorado soberano, de toda Rusia y de todo el universo están fijas en nosotros, hemos de acordarnos de que tenemos el deber sagrado de defender al zar y á la patria y de mantener á Rusia en su rango de gran potencia.

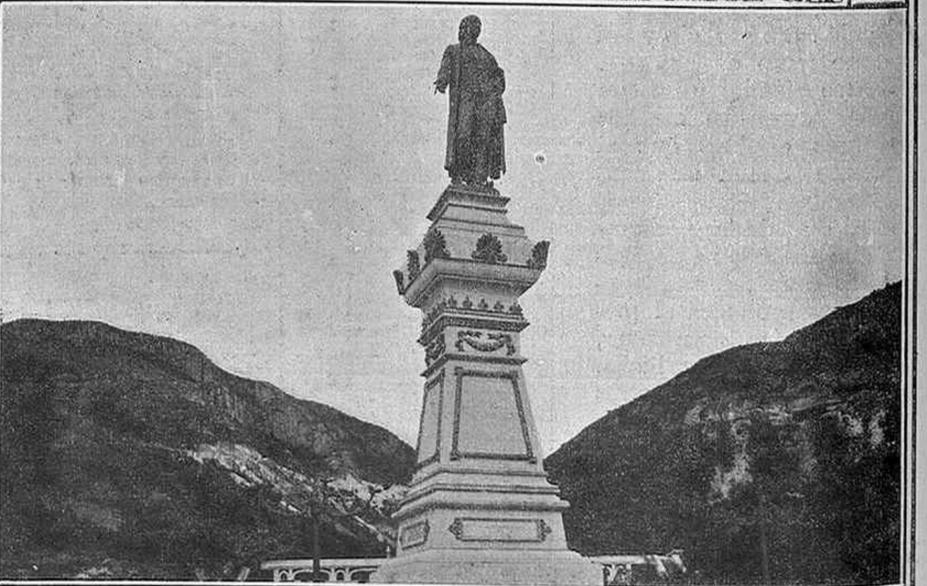
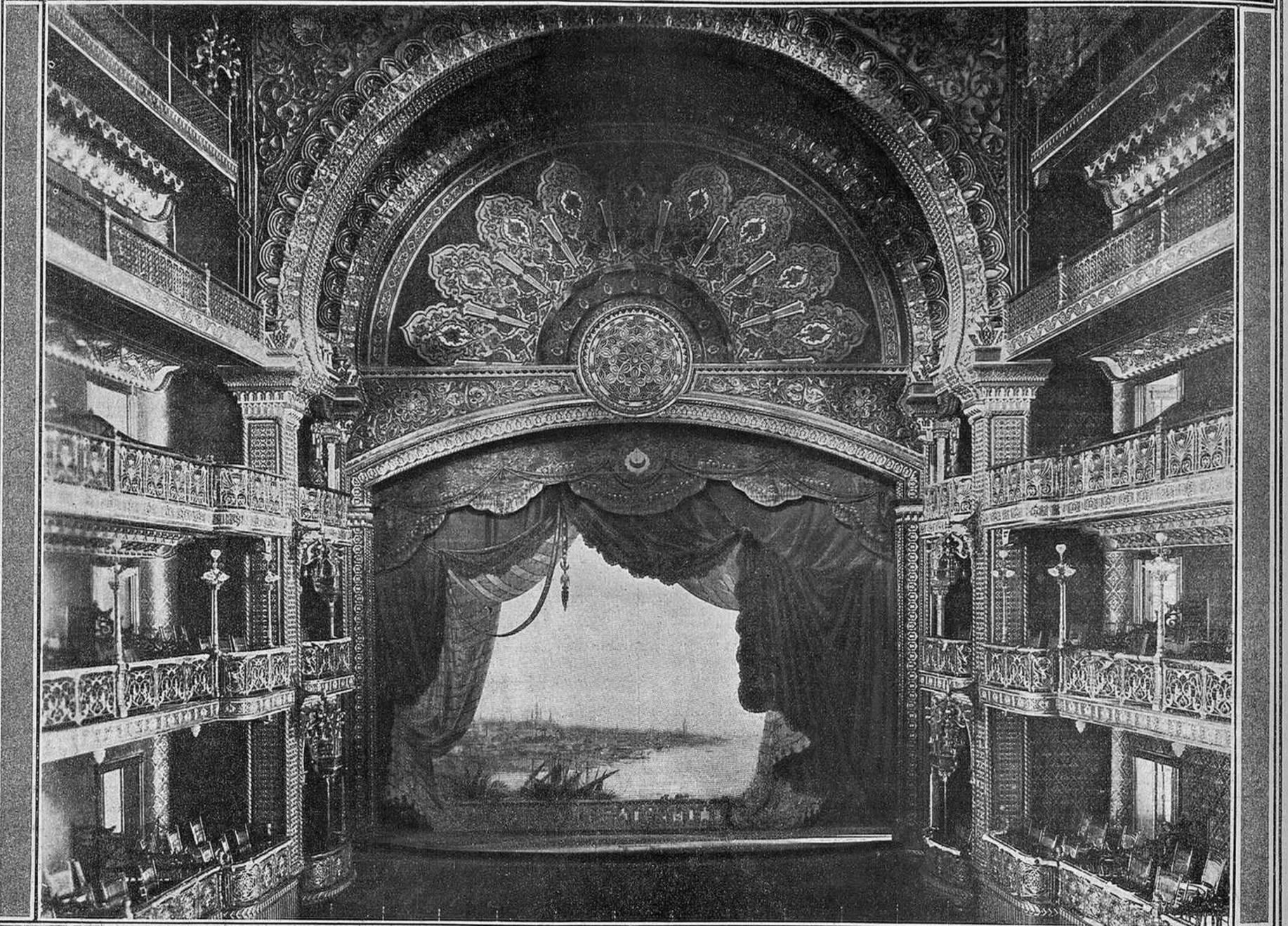
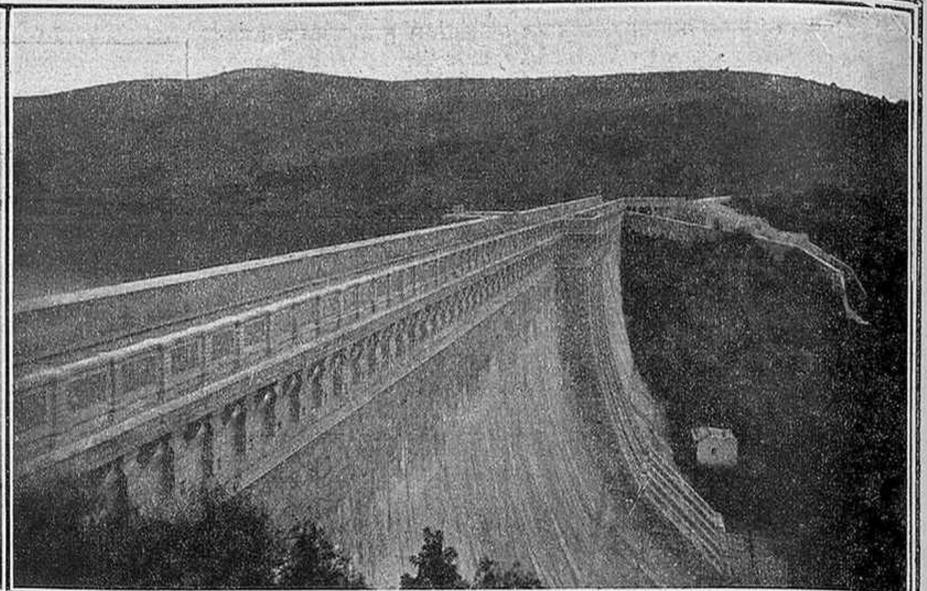
«Si nuestro enemigo es fuerte, esto debe infundirnos nueva energía para combatirlo, porque la abnegación del soldado y del marino ruso es grande. Nuestro ejército y nuestra marina cuentan muchos nombres célebres que al presente deben servirnos de ejemplo.

«El dios de la patria rusa, que siempre ha protegido las causas justas, también nos protegerá al presente. Unámonos, pues, para continuar la lucha. Que cada uno de nosotros conserve la tranquilidad de espíritu necesaria para cumplir mejor su deber, y con la ayuda del Todopoderoso, cumpla cada uno su misión, acordándose de que la oración á Dios y los servicios prestados al zar, no son jamás perdidos.

«¡Viva el emperador!
¡Viva Rusia! ¡Que Dios sea con nosotros! ¡Hurra!»—X.



Carga de infantería japonesa después de un fuego aislado



MEXICO.—GUANAJUATO.—VISTA EXTERIOR DEL TEATRO JUÁREZ.—PRESA DE LA ESPERANZA.—INTERIOR DEL TEATRO JUÁREZ.—MONUMENTO Á LA PAZ
ESTATUA DE HIDALGO (de fotografías remitidas por nuestro corresponsal en México D. Ramón de S. N. Araluce)



SEVILLANA, acuarela de Camilo Innocenti

1892, encargándose entonces de la dirección de los trabajos los arquitectos D. Antonio Rivas Mercado y D. Alberto Malo, quienes hicieron en los Estados Unidos compras de materiales para el edificio por valor de ciento catorce mil pesos en números redondos.

A la muerte del general González se suspendieron otra vez los trabajos, hasta que el gobernador Licenciado Obregón González acordó se reanudara, llegando a la terminación definitiva del teatro. Más de doscientos cuarenta mil pesos se invirtieron en la obra bajo el gobierno actual, teniendo el edificio un coste exacto de 444.220'50 pesos.

El teatro es hermosísimo: el pórtico consta de una soberbia escalinata dividida en dos tramos, á cuyos lados se ven dos candelabros de hierro y dos pedestales que sustentan sendos leones vaciados en bronce; de doce grandes columnas estriadas y de un cornisamento decorado con guirnalda y mascarones de bronce, sobre el cual se asientan ocho estatuas de tres y medio metros de altura, que representan á Terpsícore, Polimnia, Talía, Caliope, Clío, Melpómene, Euterpe y Urania. Siete puertas, en forma de arco, que corresponden á otros tantos balcones cuadrilongos, abiertos en el segundo piso, dan acceso al vestíbulo, donde se encuentran los departamentos de expendición de boletos, contaduría y cantina. Tanto el piso como el techo del vestíbulo son verdaderamente dignos de ser admirados: tal es el lujo que se observa hasta en sus más pequeños detalles.

La escalera de honor, que arranca del vestíbulo, construída con riquísimos materiales, conduce á otras dos escaleras que terminan á la entrada del «foyer» y cuyos barandales de hierro están adornados con exquisito primor.

El «foyer» que protege una cúpula de hierro y cristales, es una maravilla: su estilo es Renacimiento y su mobiliario es riquísimo. Distribuídas en este departamento se encuentran las estatuas en bronce de Beethoven, Goethe, Virgilio, Mozart y Shakespeare.

En cuanto al salón se divide en seis localidades: patio, plateas, tertulias, palcos primeros, segundos y galería. Los pasillos que los circundan están pintados al óleo, y en la ornamentación general domina el estilo oriental. El foro es de una capacidad para doscientas personas. Las decoraciones son magníficas.

Por lo que toca á la función inaugural, sólo diremos que se vió concurrida por lo mejor de Guanajuato y por lo mejor de México y de los Estados, que fueron invitados á la fiesta. Una comisión especial recibió al presidente de la República, conduciéndolo hasta el palco de honor, desde donde presenció el espectáculo. La obra puesta en escena fué *Aida*.

Pero más que la prolijidad de las notas y de las fechas, sirva esta vez la prolijidad de las ilustraciones que envió. Ellas dirán lo que es y lo que vale la ciudad de las minas, cuyo nombre evoca tantas imágenes de maravillosas opulencias lejanas.

AMADO NERVO.

NUESTROS GRABADOS

Medalla de la Asociación de viajantes, proyecto de Dionisio Renart.—Conocido es el nombre de Renart por lo que significa en el cuadro de la producción artis-



Medalla de la Asociación de viajantes del Comercio y de la Industria de Barcelona, premiada en concurso. Proyecto y ejecución de D. Renart.

tica. Sus obras, inspiradas y concebidas con sinceridad, pregonan los méritos del artista á que nos referimos. Prueba de ello son el hermoso tríptico que ha poco dimos á conocer á nuestros lectores y el proyecto de medalla que hoy reproducimos, que simboliza perfectamente el fin de la Asociación á que se dedica.

Lápida sepulcral, modelada por Juan Carreras.—Justo es convenir que el Sr. Carreras ha dado, con la obra cuya copia figura en esta página, muestra evidente de sus recomendables aptitudes y de su buen gusto y sentimiento. Expresa con señalado acierto el pensamiento á que obedece su ejecución por medio de las dos hermosas figuras en relieve, tra-



Lápida sepulcral destinada al panteón de la familia Carles, de Valencia, modelada por Juan Carreras, fundida por los Sres. Masriera y Campins

tadas con amplitud y sencillez, tal y como aconsejan esta clase de producciones. Bien hayan el Sr. Carreras por su nueva obra y los Sres. Masriera y Campins por la pulcritud con que la han ejecutado.

Guerra ruso-japonesa.—De entre los grabados con que ilustramos la crónica de la guerra ruso-japonesa, tres de ellos merecen que les dediquemos algunas líneas. Representa el de la primera página el acto de bendecir el metropolitano de San Petersburgo, en presencia del zar, á las tropas rusas antes de partir para el Extremo Oriente. El cuerpo del ejército ruso llamado de cazadores de Ochota, del que se representa un destacamento en la página 158, no tiene parecido en ningún otro ejército. Los individuos que lo componen son escogidos de un regimiento de infantería, y formados en grupos de diez y seis hombres por batallón, estando cada grupo á las órdenes de uno ó más oficiales. Los cazadores de Ochota están destinados especialmente á la vigilancia nocturna, y las leyes les obligan á tener constantemente armada la bayoneta. La infantería del Mikado está destinada á dar ataques á la bayoneta de irresistible empuje. Durante un avance gradual en orden abierto, fogueando independientemente desde una estrecha posición, sus individuos, agachados, arman la bayoneta tan pronto como creen propicia la ocasión, y sin esperar el orden del jefe superior, los oficiales se adelantan de repente, los hombres se ponen en pie, y formando dos alas, avanzan corriendo con rapidez extraordinaria, practicando una maniobra con que fácilmente penetran en el nervio del enemigo.

Sevillana, acuarela de Camilo Innocenti.—La hermosa acuarela del distinguido pintor italiano que reproducimos en estas páginas es una bellísima copia del natural, llena de sentimiento y de verdad, de entre las muchas que en su excursión artística por nuestra tierra inspiraron á aquel artista, ora la gracia y hermosura de nuestras mujeres, ora lo pintoresco y típico de nuestras costumbres y trajes. Innocenti, que vino á España á estudiar nuestros grandes pintores, reproduciendo de ellos, en especial de Velázquez, las obras más notables, merece, por la perfección con que ha sabido trasladar al papel, no sólo los encantos, sino el alma de la apasionada andaluza, un sitio de honor entre los buenos acuarelistas contemporáneos.

Paisaje, cuadro de José María Marqués.—Nueva ocasión nos ofrece hoy el distinguido pintor catalán Sr. Mar-

qués para aplaudirle, pues digno de encomio es el bonito paisaje que reproducimos en estas páginas, cuya frescura y brillantez recuerdan aquellos que le dieron notoriedad y que el público acogió tan favorablemente, figurando muchos de ellos como preciado adorno de algunas suntuosas mansiones de nuestra ciudad. Bien hace nuestro amigo en anudar la tarea que emprendiera hace algunos años, puesto que si entonces logró singularizarse, hoy podrá atestiguar con mayor motivo su competencia, logrando como merecida recompensa honra y provecho.

Teatros.—Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Romea *El camí del sol*, tragedia en tres actos y cuatro cuadros de Angel Guimerá, muy bien puesta en escena con magníficas decoraciones de Moragas, Alarma y Vilumara, y trajes muy propios confeccionados según figurines de Labarta; y en el Eldorado *Teúcha*, parodia en un acto y cinco cuadros de la comedia de Pérez Galdós *Mariúcha*, escrita por los Sres. Casero y Larrubiera. En el teatro Principal ha dado algunas representaciones la eminente actriz italiana Italia Vitaliani. El Tivoli ha dejado de ser Circo ecuestre para convertirse en teatro, en donde se reanudarán las representaciones de *Los dos pilletes*.

ASSOCIACIÓ WAGNERIANA.—El notable pianista Enrique Granados ha dado un interesantísimo concierto cuyo programa se componía exclusivamente de obras de Chopin, que fueron magistralmente ejecutadas. La «Associació Wagneriana», cuyos esfuerzos en pro de la propagación y perfecto conocimiento de la buena música nunca serán bastante agradecidos por los verdaderos filarmónicos, ha organizado cinco conciertos dedicados á Beethoven, de los cuales se han celebrado ya con gran éxito los dos primeros, cuyos programas comprenden nueve tríos para piano, violín y violoncelo; dos variaciones para piano, violín y violoncelo; un trío para piano, clarinete y violoncelo; una sonata para piano y trompa; y un septimino para violín, viola, trompa, clarinete, fagot, violoncelo y contrabajo. Los profesores encargados de la ejecución de estos conciertos son los Sres. Doménech Español, presidente de la «Associació» (piano), Munner (violín), Valls (contrabajo), Estera (viola), Dini (violoncelo), Richart (trompa), Nori (clarinete) y Sadurní (fagot). Además se darán varias conferencias sobre la ópera *Luisa*, de Charpentier; audiciones completas en el piano de esta obra y de *El holandés volante*, de Wagner; una audición de Schubert, compuesta de un trío y de un gran octeto. Más adelante se celebrarán varias sesiones dedicadas al estudio literario-musical de la ópera de Wagner *Siegfried*, por los Sres. Pena y Doménech Español.

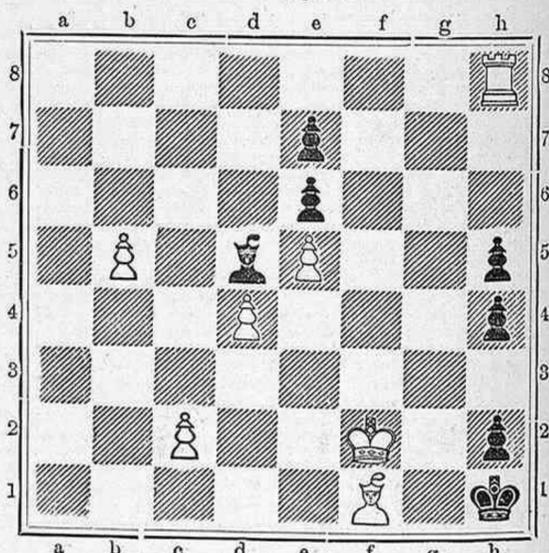
La actividad y el buen acierto que en sus trabajos imprime la «Associació Wagneriana» son dignos de los más entusiastas y sinceros aplausos.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, B^{is} Italiens, Paris

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 354, POR S. LOYD.

NEGRAS (7 piezas)

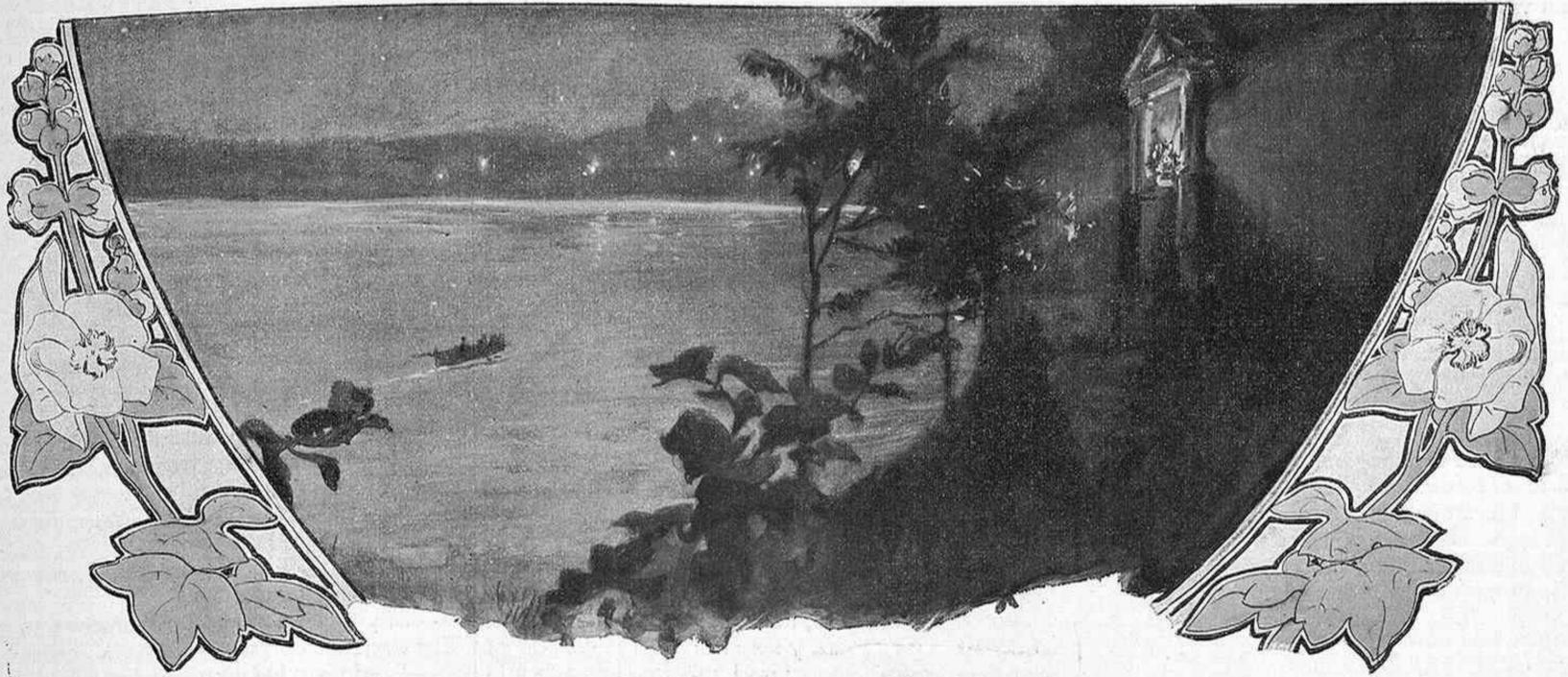


BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cinco jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 353, POR W. A. SHINKMAN.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Tc8-c2 | 1. Cualquiera. |
| 2. Tc2xg2 | 2. Cualquiera. |
| 3. Dbl-h1 mate. | |



Sí; han querido la Madonna, y no ha faltado un hombre amable que ha consentido en trazar...

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. — ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Mi curiosidad, si no era otra cosa mejor, por saber lo que tenía relación con aquel hombre, había crecido con lo poco que acerca de él había oído, por lo cual no hay para qué decir si apelaría á todos los recursos para entablar conversación con él; pero era de una taciturnidad feroz, y no pude conseguir sacarle una palabra del cuerpo durante todo el trayecto.

—Ahí está la frontera, me dijo Sempronio señalándome una pared que blanqueaba en el fondo negro; ni barreras, ni gendarmes, ni aduanas, ni pasaportes; la Virgen basta para todo.

—¿La Virgen?

—Sí; han querido la Madonna, y no ha faltado un hombre amable que ha consentido en trazar sobre un fondo blanco una cosa encarnada y azul que parece una Madonna. Ese es el límite de mi paseo habitual. Cuando venga usted á pasar un día conmigo lo daremos juntos; veinte buenos minutos en línea recta sin salir de los límites del territorio del Estado.

A pesar de la buena voluntad de Sempronio, la conversación languidecía.

En tanto Anselmo, que se había tendido boca arriba descansando la cabeza en la vela plegada en muchos dobleces, seguía fumando tranquilamente, y Paulino Gaggini, nuestro barquero, acompañaba una de las cantilenas favoritas con los empujes vigorosos y acompasados de los remos.

Nos rodeaba una obscuridad profunda; nuestros rostros se perdían en la sombra; á intervalos iguales, la punta del cigarro de Anselmo brillaba un instante en el vacío y desaparecía...

Llegamos á Campione silenciosos y graves como una tripulación de espectros.

Sempronio fué el primero en saltar á tierra; el señor Castelli le siguió.

—Buenas noches, dijo Anselmo sin moverse de su sitio.

—Buen viaje, contestó Sempronio, y alegre, si es posible.

Y tendiéndome la mano añadió en tono de broma:

—Tenéis los dos un aire tan raro... ¡Por vida de!... ¿á qué estar tristes? La vida es breve, y no tiene cuenta pasarla estando de mal humor.

—¿Qué se ha de hacer?, respondí. El alma del hombre tiene siempre propensión á la tristeza.

Al decir esto, miré al Sr. Castelli. Sonrió con esa sonrisa dulce que me llegaba al corazón, y creyéndose por vez primera obligado á salir de su mutismo:

—Es verdad, dijo con voz serena; el alma del hombre es triste. En todas las obras humanas hay algo de fatalmente tétrico; la risa y el llanto emanan de un mismo dolor. Y el mundo es triste, añadió con acento que quería parecer despreocupado, hasta en sus alegrías.

Me separé de aquel hombre con el corazón agita-

do por un inexplicable sentimiento de compasión y de angustia.

—¡Pobre diablo!, dijo Paulino Gaggini.

—¿Quién?, pregunté por no desperdiciar la ocasión y entablar naturalmente la conversación.

—El Sr. Luciano.

—¿Y quién es el Sr. Luciano?

—Yo le llamo así: el Sr. Castelli.

—¿Sabes algo de su vida?

—Sé lo que sabe todo el mundo; no es un misterio. El Sr. Luciano es desgraciado, pero bueno... ¡oh bueno! Yo le quiero mucho porque hace muchos años que le conozco; le paseaba por el lago junto con la señora Leticia, mujer excelente también. Ella tenía miedo del agua, y no se fiaba de nadie sino de mí. Yo he enseñado á remar al Sr. Luciano. ¡Si lo viera usted cuando rema! En Lugnano no hay barquero que pueda ponerse con él.

Hablaba en alta voz, y de vez en cuando se paraba para dar con el amplio tórax un impulso más vigoroso á los remos.

—Parece muy triste tu Sr. Luciano, dije porque no terminara aquí la conversación.

—¡Sí lo está!.. Dios le perdone, pero no parece sino que haya perdido su parte de paraíso desde que ha perdido á su mujer. ¡Si hubiese usted conocido á la señora Leticia!.. Aquella bendita mujer era tan buena como hermosa y más bien ángel que mujer. Si llamaba un pobre en casa del Sr. Luciano, podía asegurarse que no se retiraba nunca con las manos vacías.

El malhadado Paulino parecía burlarse de mi curiosidad porque á cada momento se detenía; era como esas cajas de música á las que hay que dar cuerda de vez en cuando para oír las tocatas que encierran.

Le pregunté, por más que ya lo supiera, cuánto tiempo hacía que la señora Leticia había muerto; y como dí así oportunamente cuerda, la música de Paulino Gaggini volvió á sonar en estos términos:

—Aún no hace seis meses que la pobrecilla duerme allá abajo, y alargaba el brazo indicando la playa de Lugnano. Fué aquel un día muy triste; lo recuerdo como si fuese ayer; la acompañó mucha gente y yo también quise ir... él no estaba; se lo habían impedido casi á la fuerza... Verdad es que estaba muy *mortificado* aquella mañana. ¡Pobre Sr. Luciano!

¡Mortificado!

Había querido decir *exhausto de fuerzas*.

Pero los vocablos habían conservado en su boca la eficacia primitiva; y al paso que yo hubiera dicho por lo menos *quebrantado* y habría creído no expresar con precisión la idea, él decía sencillamente *mortificado* y resultaba más elocuente.

—Quince días después, siguió diciendo Paulino, se le puso una lápida de mármol blanco con palabras

negras que no recuerdo; y así acabó el asunto para todos, pero no para él, no para él. Y todavía no ha acabado... demasiado lo sé yo, y además basta mirarle la cara. Andan por ahí diciendo que se ha dado á la bebida. Yo sé lo que pasa, y apuesto cualquier cosa á que el Sr. Luciano piensa todavía en su difunta Leticia.

—Y es justo que piense en ella si la ha querido mucho; sin embargo, seis meses son mucho tiempo, y reducirse á ese estado... ¿No le parece que en todo esto hay algo más?

—¿Y qué más quiere usted que haya?, preguntó Paulino.

Y en su ingenua sorpresa cortó bruscamente el movimiento regular de los remos.

—Seis meses son mucho tiempo, repetí.

—¿Que son mucho tiempo? Si se ha de medir con el corazón, es muy poco. ¿Es usted casado?

—No, á Dios gracias.

Paulino meneó la cabeza.

—Pues no puede usted saber nada del caso.

—¿Y tú tienes mujer?

—La tengo, la tengo, mi Anita, y me ha regalado un par de hijos, dos capullitos de rosa.

—Tienes motivo para saber más que yo, repliqué sonriendo.

—Y lo que decía, yo sé lo que es esto. ¿Y qué se figura usted? Pues soy feliz; no hay en todo el lago pescador más feliz que yo. Mi Anita es guapa; no puedo negar que desde el día de la boda ha perdido algo; se abandona algo porque dice que mientras tenga marido no le importa agrandar á los demás; pero á pesar de ello, es agradable; vivimos en paz y en gracia de Dios; yo tengo buenos brazos y buenos remos, ella cuida y remienda mi ropa; los dos chiquillos meten bulla por diez y nunca falta la polenta. Todo esto, añadió, bien compensa la falta de las fiestas y jaranas de la vida desarreglada y de las alegrías del buen vino.

—Poco á poco, del buen vino no, Paulino; aventuras demasiado.

Paulino comprendió la broma, y abandonando su seriedad, soltó una sonora carcajada.

—Dice usted muy bien; el buen vino, cuando es bueno, gusta á todos.

—Hablas en plata y así me agrada.

—Decía, pues, prosiguió Paulino alentado por mi aprobación; decía, pues, que el Sr. Luciano piensa todavía en su mujer.

—También voy creyéndolo.

—Créalo usted. Lo que es yo, aunque lo hubiera visto con mis propios ojos caer de puro borracho, diré que piensa.

—Supón que lo has visto con tus propios ojos.

—¿Lo dice usted formalmente? Pues bien, eso no quita ni pone á lo que he dicho... Pero ¿es verdad?

—Creo que sí..., pero en fin, tú acabas de afirmar que el buen vino gusta á todos.

—Pero no al Sr. Luciano. Y atienda usted á lo que digo: si se emborracha, sus razones tendrá para hacerlo.

—Todos cuantos se embriagan tienen para ello razones excelentes.

Paulino no hizo caso de mis palabras y siguió adelante.

—Porque la verdad es que al Sr. Luciano no le gustaba el vino; y si ahora recurre á él, lo hace con algún objeto, por desesperación, casi casi como quien toma un veneno para irse al otro mundo.

—Casi, casi... Sólo que tu Sr. Luciano sabe escoger muy bien sus venenos, y no se muestra escrupuloso con la dosis.

Paulino no respondió: el acento sarcástico de mis palabras le molestaba.

La barca surcaba el agua como un pez; el silencio era profundo en torno, y el medio disco de la luna difundía una luz fantástica sobre el encantador panorama del lago. Desde la opuesta popa, el cigarro de Anselmo continuaba lanzando al cielo espiras de humo llenas de fantasmas y de melancolía.

III

Donde el narrador abre una especie de paréntesis para fabricar una especie de castillo

«Vamos á cuentas, me dije á mí mismo; Paulino Gaggini habla con juicio, y tú no eres ya hombre competente para poder emitir un dictamen autorizado en esta materia. Interroga tu corazón, piensa por un momento en los desvarios de tu mente irreflexiva, en las ansias falaces de tu corazón vacío, en los devaneos de tu vida de soltero; ¿no ves, en el fondo de este infinito olvido de todo, un vacío, una obscuridad? ¿Qué te falta? No lo sabes porque te falta todo. ¡Ah! ¡Si pudieses comprender cuánta parte de ti mismo te es todavía desconocida! ¡Y cuán diferente de la verdadera es esa existencia que arrastras entre el tedio de la soledad y el tedio de las malas compañías! Todo te falta: un afecto sereno y robusto que conforte tu espíritu y lo temple de nuevo en la virtud, un rostro jovial y hermoso que se refleje en tus ojos enamorados, dos manecitas sonrosadas y mórbidas que se posen en tu hombro, y una palabra dulce que repercuta con prolongados ecos en tu corazón... ¿Qué te falta, en fin? La mujer; pero no una criatura insana, irreflexiva, fácil, como las que conoces; no una mujer, sino tu mujer, juguetona, sonriente, compasiva, mas para ti solo; austera y tímida á la vez para con los demás. Así la ha soñado tu corazón, y así debe ser, y así la tendrás con tal que la busques con el corazón.

»Prosigamos: ella es tuya y ya no estás solo; está á tu lado ó te espera. Cose á la luz de tu lámpara, no te habla por no distraerte, pero de vez en cuando alza los ojos de la labor y te mira á hurtadillas. Tú lo ves; pero estás muy ocupado, no te fijas en ello, no te vuelves, ni siquiera sonríes; pero tu corazón, ¡tu corazón! Llegas á casa tarde; los quehaceres te han entretenido; ella está en la escalera esperándote, te pone mala cara; le das un beso, no basta; otro y otro... Pero en tanto la sopa se ha enfriado y ella sabe que no te gusta la sopa recalentada... ¡El apuro no es pequeño! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer, qué hacer! Venir antes. Es verdad, pero tú no tienes la culpa. Puede ser, pero como suceda otra vez... Otra vez no volverás á hacerlo. Y la paz queda ajustada.

»En tu casa ha sucedido un milagro; tu ropa, tan descuidada en otro tiempo, está ahora muy arregladita, y limpia; la disciplina doméstica ha penetrado por todas partes. Hasta tienes pájaros, que antes no tenías, y un hermoso gato que se pasea por la cocina con la gravedad de un despota y que se refrega por tus piernas para pedirte un caricia.

»Tedio, disgusto del mundo..., ¿te acuerdas de ellos? Ahora ya no los tienes: pero sí tienes otro mundo que realiza tus ensueños juveniles, sin iras, sin disputas, sin engaños, sin torpes venalidades ni envidias bajas y más bajas adulaciones. Tienes razón de mostrarte orgulloso; hazte desdeñoso, y deja á los hombres con sus grandes cuidados, que los cuidados pequeños de tu casa son más dulces. Has adquirido otras costumbres, otros modales, otro porte; no está de más un poco de sosiego en visperas de ser papá. ¡Papá! ¿Qué te parece? ¿Sientes, te penetras de toda la dulzura de esta palabra? Haces bien en estar solo, porque tus amigos no te comprenderían: dicen que te has vuelto un oso; mejor; y luego, aunque parezcas aislado, no estás solo; tienes una casa, tienes un porvenir...

»¡Un porvenir!.. Una nidada de amorcillos que correrán á tu encuentro, llenando las habitaciones

con el clamor de sus vocecitas... ¡Qué algazara! Déjalos: ¿no ves que te festejan? ¿Has traído dulces, buen papá? Regístrate los bolsillos; piensa que los primeros dulces hacen al papá, como el primer fuego hace al soldado. Mira esas caras infantiles que te sonríen, esos ojazos que te miran llenos de curiosidad, que espían todos tus movimientos para repetirlos en sus juegos. ¡En sus juegos! En los nuestros puedes decir; tú te has entretenido quizás con ellos con sus juguetes, los has llevado uno tras otro en tus brazos y les has hecho dar saltos milagrosos. Tú eres fuerte; te lo han dicho; y ellos ¡son tan débiles! ¡Tu porvenir! Y ¿cuál es tu porvenir sino ellos? ¿No te parece ver reflejada en ellos tu imagen, tus pasiones, tu alma? ¿Y no los has sorprendido nunca esforzándose en dar grandes pasos y en ahuecar la voz para imitar al papá?..

»Piensa ahora lo que te sucedería si todo este edificio llegara á derrumbarse, si tu compañera enfermase, si tú, espiondo con temerosa mirada sus acciones, la vieses poco á poco debilitarse, desmedrar; y si un día, un triste día de invierno, mientras la nieve blanquea los tejados, te dijera ella por fin que se encontraba peor, que necesitaba guardar cama, y te lo dijera con voz apagada, acariciándote el rostro con sus descarnadas manos y sonriéndote todavía en su dolor para consolarte..., y si el médico, llamado á la cabecera de tu enferma, te llamase aparte para decirte que no hay remedio, que tu pobre compañera debe abandonarte, que tu pobre corazón debe destrozarse...

»Y piensa en las interminables horas nocturnas pasadas junto á su lecho, y en el último destello de esperanza que no ha abandonado aún las tinieblas de tu mente; y en las miradas semiapagadas de la pobrecilla que buscan tus miradas, que te dan las gracias; que te anuncian silenciosamente toda la pérdida que vas á sufrir..., y finalmente en una prolongada agonía, en una lágrima, en un apretón de manos tenaz, postrero, y en cien besos dados en tu rostro cubierto de horrible palidez..., y luego...

»Y luego, nada; se te la han llevado; nieva; el viento pasa silbando cual plañidero eco de tu dolor; ¡estás solo, estás solo! Contempla sus vestidos, las hermosas y ricas joyas que le habías regalado y que tanto contento le produjeron; mira, esas son sus pantoflas. ¿Recuerdas qué pie tan pequeño tenía tu pobre amiga? Reproduce mentalmente los principales episodios de su vida: allí la viste por primera vez y allí te sonrió por vez primera y tú le declaraste tu amor; y luego el día de la boda, y luego... te detienes, te faltan las fuerzas, tu corazón se hinchaba de lágrimas, no puedes proseguir: ¡Oh sí, no tienes fuerza porque ella no está ya á tu lado sonriéndote, porque te ves solo...

»¿Qué te queda ahora? Reune á tu alrededor á tus pequeñuelos, que te sirven de consuelo; siempre te queda algo de ella; éste tiene su misma boca, aquél sus negrisimos ojos, y tu última hijita sonríe como ella... Te sirven de consuelo, no lo has perdido todo, aún tienes un porvenir...

»Pero ¿y si no tienes hijos? ¿Y si al perder tu compañera has perdido también tu porvenir? Prueba á remontar la corriente de los años: ¿que tenías antes de tenerla á ella? ¿Amigos? Pues vuelve con ellos; vuelve á tu pasado, entrégate á la orgía, y en el fondo de todo esto encontrarás tal vez el olvido. ¡Olvidarla! ¡Olvidar al ángel de tu casa! No quieres, y aunque quisieras, no podrías. Regresas á hora avanzada de la noche á tus habitaciones solitarias; miras en torno; enciendes una luz; todos los objetos conocidos están todavía en su sitio, pero ella no, ella no. Los muebles crujen de un modo extraño sin que nadie los toque; los espejos reflejan tu imagen; todo es silencio; te detienes conmovido, ansioso: ¡oh al menos se te aparece su espíritu!, porque tú no dudas ya de la vida de ultratumba: ¿acaso puedes dudar?, ¿puedes renunciar á esta fe? Ella te espera todavía como te esperaba antes; piensa en ti como antes; tú tienes algunas cosas que arreglar, pero acabarás presto, volverás á ella: ella te espera...»

Una sacudida repentina me sacó bruscamente de mis meditaciones. La barca había tocado en la ribera de Lugnano.

—¡Me alegro!, dije para mí; porque mis ideas no tenían nada de halagüeñas.

Y de un salto pasé á tierra. Paulino Gaggini me siguió y amarró la lancha con la cadena: Anselmo fué el último.

—¿Conque, dije volviéndome á Anselmo, conque queda demostrado que no es más que un marido que llora á su mujer?

—¿Quién?

—El Sr. Castelli.

—Sí, contestóme Anselmo con glacial laconismo.

—Con todo, ese hombre tiene un aspecto tan singular... ¿No te parece?

—Sí..., pero ¿de quién hablas?

—Hombre, del Sr. Castelli.

—¿Y qué decías?

—Decía que eres un distraído.

—Ya..., repitió Anselmo con el mismo acento.

Al llegar á casa, encontré una carta que me llamaba con urgencia á Milán, y al otro día salí, no de muy buen grado, de Lugnano, ocupada mi imaginación con el recuerdo de Anselmo y con la imagen triste y meditabunda del Sr. Castelli.

IV

Lo que puede haber en un morral vacío.

Lo que el lector había previsto.

Al siguiente mes de noviembre volví á Lugnano. Esta vez tenía el propósito de pasar allí una temporada, y así se lo dije á Anselmo, quien pareció alegrarse mucho de ello.

—¿Conque no he perdido á mi amigo?, le pregunté estrechándole la mano.

—¿Y has podido creerlo, Jorge?, me contestó con voz trémula de emoción.

—Sí por cierto; hubo un momento en que lo creí. Has cambiado mucho...

—Puede ser; los años...

—Ya es sabido que los años y las pasiones transforman á los hombres; pero la desconfianza mata las amistades más íntimas. ¿Te acuerdas de aquella acacia al pie de la cual nos comunicábamos diariamente nuestras ilusiones, nuestros designios para el porvenir y nuestros versos? Pues bien, dime: ¿tienes en mí la plena y tranquila confianza de entonces?

Guardó silencio, miró al cielo, me estrechó la mano con más fuerza y sonrió.

Aquel día no quise ir más adelante.

A la mañana siguiente, fui á su casa, creía tener tantas cosas que decirle, tantos gratos fantasmas que evocar con él, tantos consuelos que pedir á su amistad... Y luego aquella noche se me había ocurrido una idea.

Anselmo no estaba en casa; había salido con su escopeta y su perro antes de amanecer, y debía regresar para almorzar.

—Le aguardaré, dije al criado.

Y me senté á la chimenea, en la cual chisporroteaba alegremente un buen fuego.

—¿De cuándo acá, pensé, Anselmo se ha hecho cazador? ¡Su escopeta y su perro! ¡Y qué madrugador se ha vuelto!

Por no ceder á la tentación de interrogar al criado, me puse á arreglar los tizones con las tenazas, cuando de pronto se abrió la puerta y un hermoso perdiguero corrió hacia mí meneando la cola y ladrando de alegría. Casi en seguida llegó Anselmo: me vió, se detuvo un momento en el umbral como maravillado de verme, y luego se acercó á mí afectuosamente.

—¿Tú aquí?

—Hace un cuarto de hora; he querido esperarte para ver tu morral: ¿qué traes en él?

Anselmo no pareció descomponerse por mi acento burlón, y con la gravedad de un cazador sacó del morral los residuos de un pan negro.

—Es el almuerzo de mi perro; pero, vamos, hazle una caricia, ingrato; ¿no ves que te conoce y que te agasaja como á un amigo?

—Es verdad.

—Enhorabuena: es el perro de Próspero, quien me lo ha regalado. Ven acá, Reverendo.

Y Reverendo, docilísimo, abandonó mis pantorrillas y fué á restregar el hocico contra las de Anselmo.

—¿Y de cuándo acá te ha dado la tontería de la caza?, le pregunté.

—Hace algún tiempo: voy á cazar todas las mañanas.

—¿Según eso, es una verdadera pasión?

—Poco menos, respondió Anselmo mirándome con fijeza.

—¿Y hacia dónde has ido?

—A mi antigua quinta. Conozco perfectamente aquellos sitios, á los que tengo gran cariño.

—¿Y está todavía deshabitada tu quinta?

—No lo creo.

—¿Quién la ha comprado?

Anselmo me había contestado con desenvoltura, casi negligentemente, pero mi última pregunta pareció turbarle.

—Un tal Albruzzi, contestó.

Y se bajó á acariciar al perro.

Cambié de conversación. Pero al salir de casa de Anselmo, iba yo dando vueltas en mi cabeza á una idea fija... Y aquella tarde creí haber resuelto el problema, y sabía precisamente que con el Sr. Albruzzi, nuevo propietario de la quinta de Anselmo, vivía una señora Albruzzi, la cual, además de tener la mitad de

la edad de su marido, poseía magníficos cabellos, magníficos dientes y otra porción de cosas magníficas.

* *

Aún no había pronunciado yo la gran palabra; sin embargo, reflexionando en la mudanza ocurrida en la conducta de Anselmo, no pude dudar ya más tiempo, y se me metió en la cabeza que estaba enamorado. Puesta esta primera piedra, el edificio de mis presunciones quedó elevado en un abrir y cerrar de ojos. Era indudable: ¿cómo no caí antes en ello? Y sin embargo... ¡Anselmo enamorado! ¡Mi Anselmo, aquel Anselmo severo y taciturno que no se había enamorado nunca de nadie... sino de mí!

El amor es aficionado á tales sorpresas, y si de un Xenócrates puede hacer un Meandro, se sale doblemente con la suya.

Así, pues, Anselmo estaba enamorado.

Se me había quitado un gran peso del corazón al adquirir esta certidumbre, y sin embargo, había algo dentro de mí que se rebelaba contra ello, y aun admitiendo que era así, no quería que así fuese. Hasta entonces Anselmo había sido todo mío, y así lo creía yo; en adelante ya no lo será; una parte, la mayor, la mejor parte de él era de una mujer.

¡Una mujer! ¡Una mujer hermosa!.. Yo había deseado, en bien de Anselmo, que no llegase á suceder esto; pero jamás me pasó por la imaginación que pudiera tener celos. ¿Y quién sabe si esa mujer le amaba y si era digna de su amor? ¿Era tan bella como me habían asegurado?.. No cabía duda; yo estaba celoso de ella. Además, yo no pensaba en el marido, y eso que si logré saber algo de la señora Albruzzi hube de empezar mis indagaciones preguntando por él. Pero siempre ha sucedido lo mismo: las mujeres han hecho siempre olvidar á los maridos. «Pero no á Anselmo; es imposible; es hombre de corazón, de buenos principios.»

—Los principios, me susurraba al oído mi ángel malo, los principios sirven para la lucha...

—Es que Anselmo luchará.

—...Como las dificultades para avivar el deseo...

—Pero Anselmo luchará.

—Para caer exhausto de fuerzas, ó lo que es lo mismo, sin remedio.

V

En el lago

Era el crepúsculo de un día hermosísimo; el cielo había estado despejado hasta entonces y el sol reflejado todo el día en las aguas tranquilas del lago: Anselmo y yo, siguiendo nuestra costumbre, nos habíamos sentado en un banco de piedra adonde acudían á aquella hora algunos pescadores con los cuales habíamos trabado amistad. La playa estaba desierta; acá y allá, á lo largo de la orilla opuesta del lago, se veían algunas barcas dedicadas á la *pequeña pesca*. Las montañas iban perdiendo en la sombra sus contornos y adquirían aspectos severos; algunas velas lejanas parecían fantasmas que vagaban silenciosos por la superficie del lago.

Un soplo impetuoso y repentino de viento nos rodeó de una nube de polvo.

—¡Diantre!, exclamó un viejo pescador que estaba sentado con nosotros. La cosa va á ponerse seria; este es *porlezzina*; lo conozco en el modo de avisar.

—¿*Porlezzina*?, pregunté.

—Es viento que sopla de la parte de *Porlezza*, me explicó un mozalbete que estaba cerca de mí.

Sopló otra ráfaga de viento más impetuosa que la primera: en un instante la naturaleza cambió de aspecto. Las ondas del lago, ligeramente encrespadas, habían adquirido un color plomizo y llegaban con más rapidez á la playa; se había encapotado el cielo y las cumbres de las montañas parecían rodeadas de una niebla sutil. Las barcas pescadoras arribaron presurosas á la orilla, y las que se hallaban en medio del lago recogieron velas y á fuerza de remos se esforzaban por acercarse cuanto antes á tierra. Algunos blancos mergos revolaban rápidamente por el aire mezclando con el tétrico silbido del viento su estridulante graznido.

—La cosa se pone seria, se pone seria, repetía

entre dientes el viejo pescador meneando la cabeza. Y en efecto, no pasó mucho tiempo sin que la naturaleza presentase un aspecto amenazador; el cielo tenía el mismo color que el agua; densos y negros nubarrones cruzaban velozmente el espacio á guisa de fantásticas embarcaciones; de los montes circunvecinos se elevaba, cual sordo lamento, un inmenso rumor de frondes de abetos y de castaños; las olea-

no; avanzaba lentamente, pero avanzaba; sus dos remos, que veía ya distintamente, entraban y salían en el agua con acompasada calma. Pero el viento arreciaba azotando las olas que respondían bramando, y hubo un momento en que creí perdido al Sr. Luciano.

—¿Hay alguno de vosotros que quiera ir en auxilio de aquel bote?, pregunté volviéndome.

—Aquí, como usted ve, no hay nadie más que yo, me contestó el viejo.

—¿Y los demás?

—Se han ido á sus casas; pero estoy seguro de que nadie querrá correr ese peligro.

—¿Y usted?

—¡Yo!, respondió sonriendo; tengo ya setenta años; mire usted.

Y arremangándose la camiseta me enseñó sus brazos descarnados.

—Pues entonces iré yo, iremos nosotros, añadí dando con el codo á Anselmo.

—¿Estás loco?

—Si no quieres acompañarme, iré yo solo.

—Que el señor le ayude, exclamó el viejo viendo que no era posible hacerme desistir de mi propósito.

—¿Puede usted proporcionarme una barca fuerte?

—Sí, señor; mírela usted allí y estoy dispuesto á prestársela; bien

puedo yo arriesgarme á perder una barca, puesto que usted arriesga la vida.

¡Arriesgar la vida! ¡Y aquel viejo hablaba formalmente! ¡Arriesgar la vida á los veinticuatro años! No se me había ocurrido, y miré en torno sin decir una palabra, y miré el rostro impasible de Anselmo, y miré las ondas amenazadoras... Pero ya no era posible retroceder sin parecer cobarde y fanfarrón; y con paso firme seguí al anciano barquero. Y esta vez la vanidad fué más generosa que el corazón, como sucede en la mayor parte de las acciones de los hombres.

La barca que el pescador me proporcionaba no era nueva, y me pareció más ancha y pesada de lo conveniente.

—Fíese usted en mí; las olas no la volcarán; y si quisiera usted seguir mi consejo, no se embarcaría, pero ya que se empeña...

—Sí, me empeño.

Anselmo me miraba con cierta sonrisita burlesca que me sonrojaba.

Ayudé al viejo á botar al agua la barca, y entré en ella de un salto. Anselmo entró tras de mí.

—¿Tú también?, dije conmovido: ¡cuán mal te había juzgado, pobre amigo!

—Porque tú estés loco no debes creer que yo también he perdido todo mi juicio...

—¿Pero vienes conmigo?

—Voy contigo, pero no por ti... ni por nadie...; voy..., voy... ni yo mismo lo sé: porque con este

lanchón no podías separarte un palmo de la orilla: en suma, voy porque no tienes más que dos brazos y aquí hay cuatro remos...

Y así diciendo, cogió uno, lo apuntaló en la orilla con todas sus fuerzas, y empujó la barca en plena efervescencia de las olas.

—¡Que Dios los salve!, exclamó el viejo barquero. Y quitándose el gorro con ademán que parecía participar de saludo y de invocación, repitió:

—¡Que Dios los salve!

—Ante todo, dijo Anselmo, ayúdame á quitar el timón; no podemos valernos de él porque necesitamos nuestros cuatro remos, y ya verás como no serán demasiados.

Como en confirmación de sus palabras, una furiosa oleada cogió de través en aquel momento la barca y nos empujó hasta la orilla. Anselmo no pestañeó; yo no pude menos de echar una mirada á la tierra que estaba tan próxima.

—Ahora, prosiguió mi amigo con su calma inalterable, manos á la obra; veo allá un punto negro y debe ser el bote de tu Sr. Luciano.

Anselmo, dotado de más entereza, se puso á cantar entre dientes; yo no encontraba en mí otra fuerza que la del silencio. Nos sentamos en dos bancos, yo á proa, Anselmo á popa, y nos encomendamos á los brazos y á los remos.

El cielo estaba negrísimo; la noche cerraba rápidamente; las cimas de los montes desaparecían ya de nuestras miradas; á trechos iban encendiéndose las luces tranquilas del hogar doméstico; el viento arreciaba cada vez con más furia, las olas chocaban con nuestra barca y se rompían en la proa; y nosotros remábamos silenciosos.

(Continuará)



Casi en seguida llegó Anselmo, me vió, se detuvo un momento en el umbral como maravillado de verme

das eran cada vez más rápidas y frecuentes; veíanse á lo lejos cándidas y espumosas, como escalonadas, se acercaban, parecían perseguirse, se alcanzaban, se empujaban hasta montarse unas sobre otras..., lucha de un momento..., luego todo desaparecía y las iras de los misteriosos atletas de las ondas se estrellaban contra el granito de la playa. Donde ésta se hallaba descubierta, aquéllas penetraban audazmente y se retiraban, renovando con espantosa frecuencia los asaltos y las fugas. Las numerosas barcas amarradas en la orilla chocaban entre sí y se levantaban y bajaban haciendo crujir las cadenas. La noche avanzaba á grandes pasos.

—Allá abajo se divisa una barca, dije.

—Es verdad, contestó el viejo pescador. Su señoría tiene buena vista. Es un bote, el *Batallador*.

Mirando con más atención, parecióme que el bote se dirigía hacia Lugnano y así se lo hice observar al viejo.

—De seguro que es el bote del Sr. Luciano.

—¿Del Sr. Luciano?

—Castelli.

—¿Y cree usted que llegará á tierra sin riesgo?

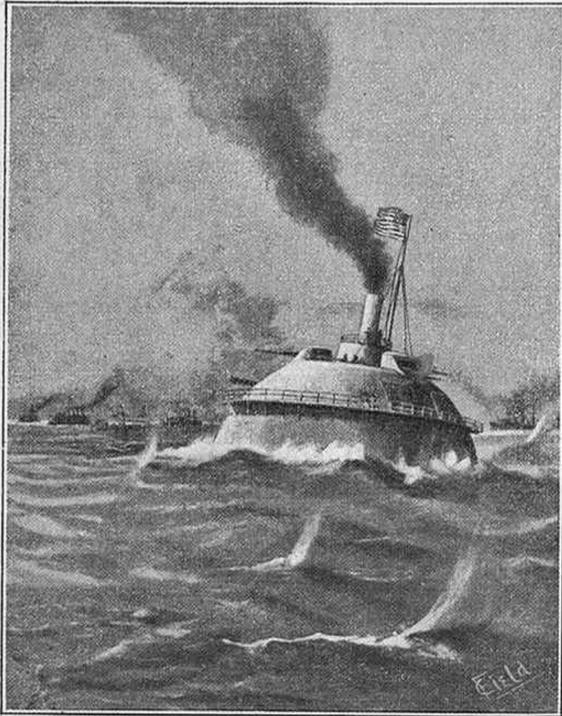
—Si la cosa no se pone más fea, estoy seguro: el Sr. Luciano maneja bastante bien los remos.

«¡El Sr. Luciano estaba en peligro!» Yo no tenía ya otra idea. No sé de donde me procedía tanto cariño hacia aquel hombre desconocido, pero me parecía que una parte de mí mismo estaba en el frágil esquife luchando con las olas, y sentí un deseo veheméntísimo de acudir en su socorro. Con la mirada inmóvilmente fija para vencer la obscuridad cada vez mayor, observaba ansioso todos los movimientos del bote, que se balanceaba sobre el agua como una cáscara de nuez. Noté que el Sr. Luciano ganaba cami-

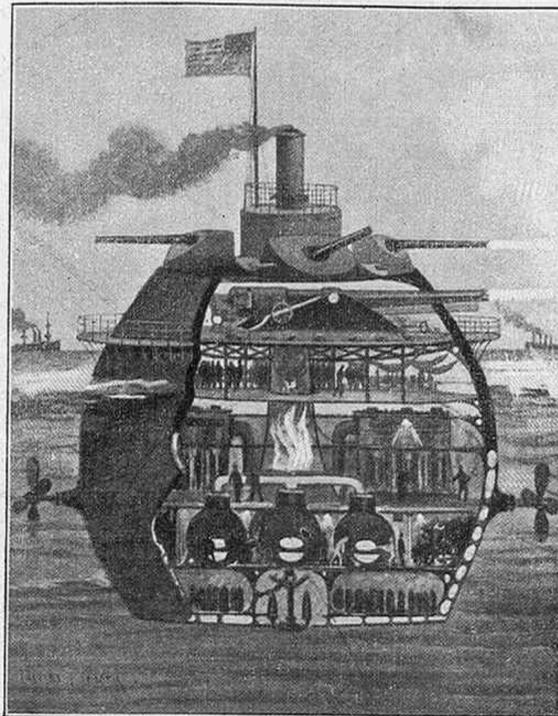
ALGUNAS INNOVACIONES NOTABLES

EN LAS CONSTRUCCIONES NAVALES

Los norteamericanos asombraron al mundo con su famoso *Monitor* y ahora quiere hacer otro tanto un inventor de Nueva York con el extraño buque de combate que representan nuestros dos primeros grabados. Es difícil decir si el *Tridente*, que es el nombre puesto á esa proyectada construcción por Mr.



Batería naval esférica



Interior de la batería naval esférica

Stokes, su inventor, es un fuerte móvil ó un barco semi-inmóvil. Tiene la forma de una esfera, á la que falta un trozo en la parte superior y otro mayor en la inferior, pues el fondo es completamente plano. Estará protegida por planchas de 12 pulgadas de espesor hasta la galería circular que le da vuelta, y debajo de ella, hasta alguna distancia bajo la línea de flotación, por otras de 18 pulgadas. Las tres torres fijas, cada una de las cuales llevará un cañón de 8 pulgadas, tendrán una coraza de 12 pulgadas de espesor, como también la torre cónica central. Los dos cañones de gran calibre que lleva apareados en el centro del buque son mucho más largos de lo que pudiera creerse, pues poco más de las bocas salen fuera del costado del *Tridente*, que desplazará once mil toneladas.

El buque de guerra inglés de primera clase y de doble hélice *Nueva Zelanda*, representado en el tercero de nuestros grabados tal como será cuando esté concluido, y que fué botado al agua en el astillero de Portsmouth el 4 de febrero último, es el buque mayor que se ha construido en dicho astillero, desplaza 16.350 toneladas y tiene una fuerza nominal de 18.000 caballos.

Finalmente, el *Amatista*, crucero de tercera clase, que fué botado al agua el 5 de noviembre último desde el astillero de Armstrong, en Elswick, está en la actualidad recibiendo sus máquinas, del tipo de turbinas *compound* de Passons; será el primer crucero que llevará turbinas y el mayor de los buques que hasta ahora las tienen. Las dimensiones de ese barco son las siguientes: eslora entre puntales, 360 pies; manga, 40 pies; mínimo de calado, 14 pies, 6 pulgadas; desplazamiento, 3.000 toneladas. Su armamento consistirá en doce cañones de tiro rápido de cuatro pulgadas, otros ocho de tres libras, dos cañones Maxim y dos tubos para torpedos de 18 pulgadas de superficie. Tiene la cubierta protegida por una plancha de dos pulgadas y tres hélices. Se pondrán á este crucero turbinas especiales que le permitan marchar hacia atrás.—R.

**

AGUAS MAGNETICAS

La prensa científica se ha ocupado repetidas veces de los manantiales que poseen propiedades magnéticas y que, por lo tanto, convierten el hierro en magnético.

Esto no obstante, y aunque los físicos y los químicos han demostrado su escepticismo, preciso es convenir, en vista de los antecedentes adquiridos acerca de los manantiales magnéticos descubiertos, que éstos ascienden á tres actualmente en la Indiana

de los Estados Unidos de la América del Norte. Hay que advertir que los referidos manantiales han sido determinados, con singular propiedad, por Mr. O. Leighton, hidrógrafo del servicio hidrológico de Indianópolis, y por Mr. J. N. Hurby, adscrito á su vez al servicio de sanidad. M. Leighton, que antes se había mostrado indiferente y hasta escéptico, prestóse después á examinar el manantial de Cartersburg, en donde pudo comprobar lo erróneo de su prevención. Al efecto, sumergió en el agua la hoja de acero de

minutos desaparece á las treinta horas. Afírmase que el manantial de Fort-Wayne es mucho más magnético que el de Cartersburg.

**

LA VELOCIDAD DE LAS LOCOMOTORAS

Las grandes velocidades alcanzadas por las nuevas locomotoras alemanas de la Compañía Siemens-Halske las ha rebasado una locomotora construída por la Allgemeine Electricitets Gesellschaft. Sabemos que el éxito correspondía á la locomotora Siemens, que llegó á recorrer 201 kilómetros por hora; pero la cifra que podemos hoy señalar excede á la anterior en más de nueve kilómetros. Esta «locomotora-bólide» es un invento formidable; pesa más de 93 toneladas y produce una trepidación tan extraordinaria sobre los rieles, que ha sido preciso adicionar un nuevo riel para afirmar la vía. Está provista de frenos sistema Vestinghouse, que en el último ensayo practicado dieron excelentes resultados, deteniendo el tren al entrar en la estación á pesar de llevar una velocidad superior á 60 kilómetros por hora. Las velocidades sucesivamente alcanzadas fueron de 145 kilómetros por hora durante los cinco primeros kilómetros recorridos, de 201 kilómetros durante los 13 siguientes, y el resto fué aumentando hasta llegar á 210'770 kilómetros, que se sostuvo por espacio de diez segundos. La potencia de la locomotora á que nos referimos varía de 1.000 á 2.500 kilovats y la tensión de 10.000 á 14.000 volts. Estos resultados, que son ya á todas luces sorprendentes, se rebasarán dentro de poco. ¿Pero después?, preguntamos. ¡Qué derroches de energía! ¡2.500 kilovats para arrastrar cien toneladas!

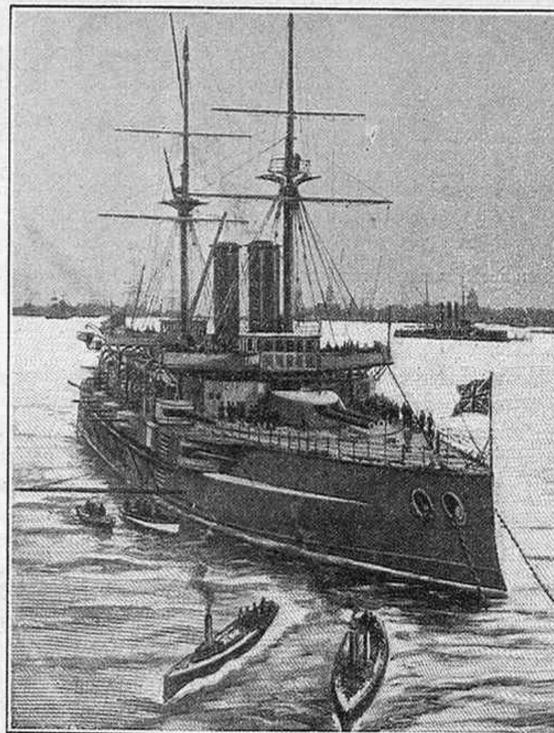
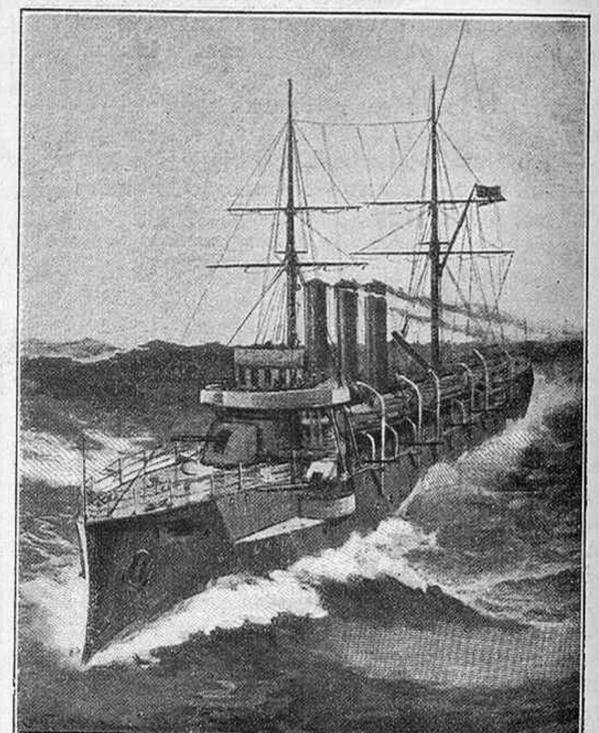
**

EL COMERCIO DE LECHE

EN NUEVA YORK

Según consigna «La unión médica del Canadá», Nueva York recibe diariamente 1.143.000 litros de leche y nata para el consumo de sus tres millones y medio de habitantes.

Esta cantidad enorme de leche es transportada en

El buque de guerra inglés *Nueva Zelanda*, una vez terminadoEl nuevo crucero inglés *Amatista*, movido por turbinas

que resultó evidenciado que las aguas de Cartersburg iman el hierro. Este descubrimiento será causa, seguramente, de sorpresa para los físicos, puesto que afirman que el agua no puede ser magnetizada y no se comprende que el agua pueda transmitir una propiedad de la cual aquélla carece.

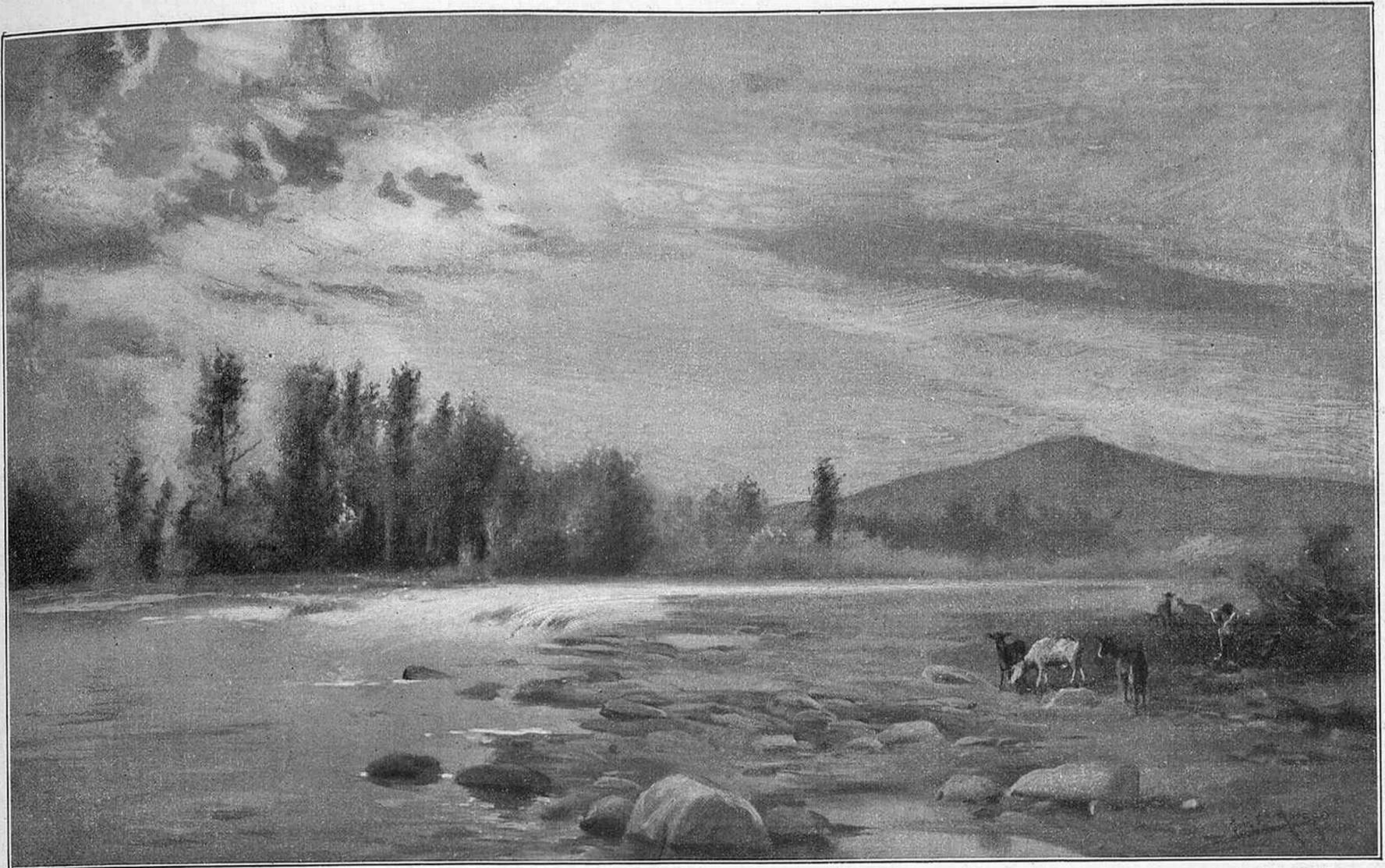
Mas, aunque no se comprenda el fenómeno, forzoso es hacer constar su existencia. El misterio no existe. El agua de los manantiales magnéticos contiene óxido de hierro magnético, y este óxido, disuelto en las aguas muy saturadas de ácido carbónico, se precipita á medida que el ácido se separa. ¿Es probable que una pequeña parte de este óxido se adhiera á la hoja de acero? Este es el problema que queda á resolver.

Hay que observar que la imanación producida por la inmersión en el agua magnética es de corta duración, pues cuando ha sido por espacio de cinco

su mayor parte por ferrocarril, puesto que la conducción por la vía marítima sólo alcanza á 38.000 litros.

Mas como quiera que la leche procede de las provincias más lejanas, los vagones frigoríficos que la conducen están dispuestos de un modo especial. Las estaciones de embarque están provistas de grandes recipientes llenos de hielo, dentro de los cuales colocan los campesinos los cántaros de leche. Instalaciones especiales garantizan el lavado perfecto de los objetos y aparatos destinados á este servicio especial, observándose la más escrupulosa limpieza. Los recipientes lávanse con agua salada primero, con agua fría después y sométense por último á un chorro de vapor antes de secarlos.

En fin, 23.200 vacas están sometidas á la inspección sanitaria regular de los veterinarios de Nueva York y de sus contornos.



Paisaje, cuadro de José María Marqués

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Frasco 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. B^{is}-St-Denis, 16

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima

PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico,
ni sustancia venenosa.

CURA LA GOTA
el Reumatismo, el Artritisimo,
la Diabetes, las Enfermedades
del Hígado y de los Riñones.

F^{ca} **PLANCHE**
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vias Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

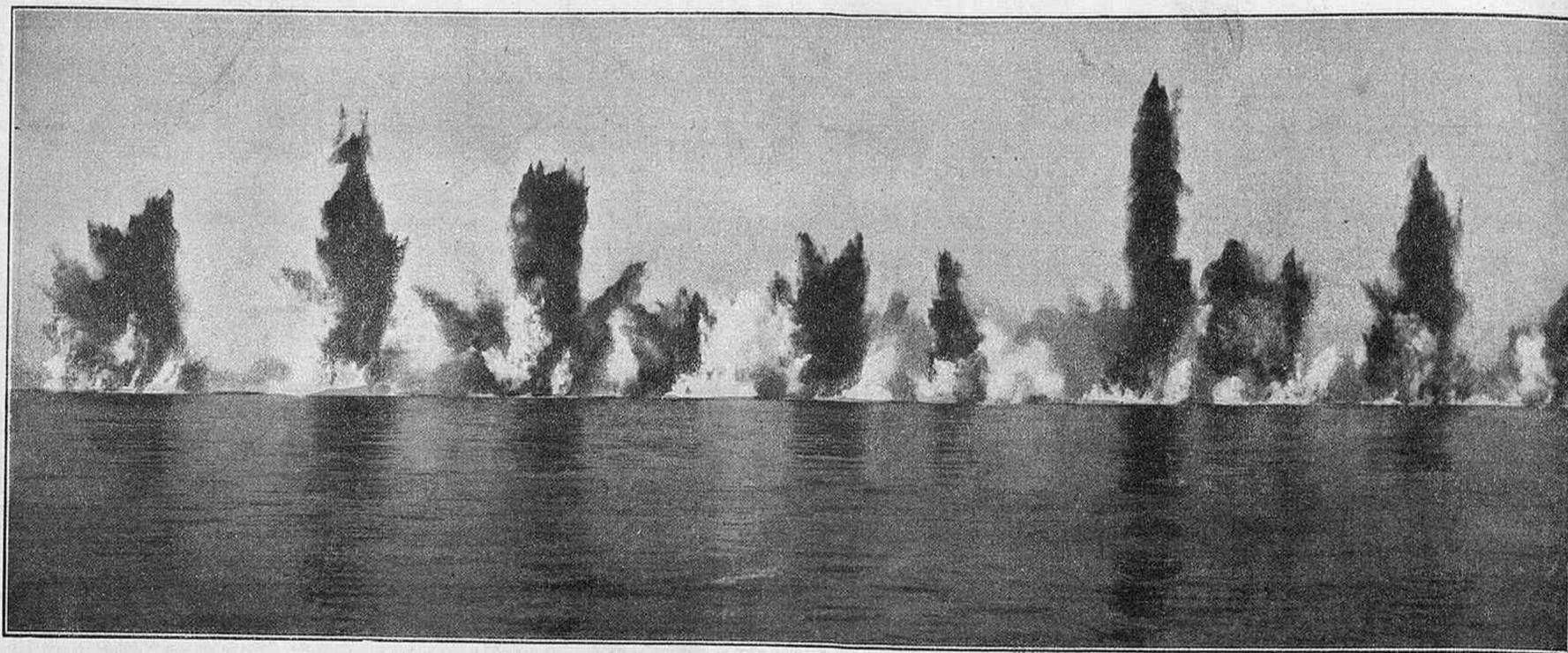
HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.



LAS MINAS EN UNA GUERRA NAVAL. - EXPLOSIÓN DE UNA SERIE DE MINAS. (Fotografía de Symonds.)

Es esta una de las máquinas más terribles en la guerra por mar, mucho más poderosa que los torpedos, y de ella ha sido víctima durante la presente lucha ruso-japonesa el buque *Yeni-sei* que al chocar con una de las minas que él mismo acababa de instalar se fué inmediatamente á pique.

Cada mina va provista de una batería eléctrica que por medio de dos alambres prende fuego á la carga y la hace volar cuando algún buque tropieza con ella.

De los efectos de la explosión de una serie de estas minas puede juzgarse por el grabado que en esta página publicamos y que permite formarse fácilmente idea de los efectos desastrosos que esta arma puede producir.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

AIRE Y LUZ, por *Edmundo de Amicis*. - Con este título ha publicado el editor barcelonés D. Antonio López, en su «Colección Diamante,» cinco narraciones del célebre literato italiano Edmundo de Amicis, interesantes y bien escritas como todas las del popular escritor. La versión castellana está correctamente hecha por D. Germán Flórez Llamas. Precio, cincuenta céntimos.

DE MI COSECHA, por *V. Nicolau Roig*. - La lectura de las poesías festivas que contiene este tomo justifica los elogios que á su autor dedica en un bien escrito prólogo Moisés Numa Castellano y los que le ha prodigado la prensa bonaerense. Las composiciones están escritas en diversos metros, con mucho gracejo y con gran facilidad, y su lectura hace asomar á los labios una franca sonrisa que constituye la mejor prueba de que el poeta ha logrado cumplidamente el fin que se proponía. El libro, con una bonita cubierta de Tasso y varias ilustraciones de Caraffa, Fortuny, Ferrer, Giménez, Navarrete, Nicolau Cotanda, Pla y Valor, ha sido impreso en Buenos Aires en la imprenta Kraft y se vende á dos pesos.

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FURROUZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES. PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET Y HONOLLE
 CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucía preparado con jugo de carne y las corpezas más ricas de quina es soberano en los casos de : Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles ó Influenza. Todas Farmac.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VINO NOURRY
 ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO
 Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de
 Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.
 CLIN y COMAR, PARIS - y en todas las Farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los S^{res}. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. - Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. - Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del resto de las Jamas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN